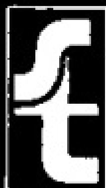


Selección

TERROR

LUNAVILLE

SILVER KANE



SELECCION TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

202 — Enloquecidos por el terror, *Ada Coretti*.
203 — La tumba de la señora Scott, *Silver Kane*.
204 — La dama de los 500 años, *Clark Carrados*.
205 — El protegido, *Ralph Barby*.
206 — Muerte con luz de gas, *Curtis Garland*.

SILVER KANE

LUNAVILLE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 207
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 52.313 - 1976
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La muchacha hizo girar los faros de su magnífico “DS” francés de importación, aunque comprado de segunda mano, y frenó un poco para enfocar mejor el nombre de la población, que estaba a un lado de la carretera. Lo pudo distinguir entonces perfectamente, aunque ya le había parecido antes que no andaba lejos del lugar que buscaba.

Las letras azules estaban escritas sobre fondo blanco: “Lunaville”. Más allá del letrero no se distinguían más que unas cuantas luces alineadas en el fondo negro. Debían ser la de la calle principal de la ciudad.

Nora, la muchacha, dijo mirando hacia su derecha:

—¿Qué te parece? Lunaville. Yo creí que no llegábamos nunca.

—Curiosa combinación de idiomas —dijo el hombre que estaba sentado a su lado—. “Luna” en español y “*ville*” en francés, aunque aquí, en Norteamérica, la palabra “*ville*” también se emplea mucho. Y lo extraño es que hay una magnífica luna. Mira allí se la ve, entre los nubarrones.

En efecto, la negrura impenetrable de aquella noche iba cediendo porque una luna redonda, pálida y casi siniestra brotaba entre los jirones de nubes. Las calles de la ciudad que tenían tan cercana se fueron haciendo visibles. Eran sólo cinco o seis, de tal modo, que aquello constituía apenas un villorrio.

—Debe haber alguna autoridad —dijo Nora.

—¿Una autoridad?

—Sí. Los periódicos de hace dos años hablaron de un deputy-sheriff.

—Pero a estas horas no estará levantado, digo yo.

—Puede que lo esté. Después de todo no son más que las once. Y, si ya se ha acostado, buscaremos un sitio donde dormir y mañana hablaremos con él.

—Perfecto, Nora.

—Pues vamos.

Nora puso primera, dio gas de nuevo y penetraron en la ciudad. Esta tenía poco que ver. Se distinguían sólo unas cuantas casas de madera, como en los viejos tiempos del Oeste, y una plaza con varios árboles. No había gasolinera, ni un cine, ni un hotel. Las tiendas, aunque estaban cerradas, también parecían pobres. Sólo una destacaba sobre las otras, pero era muy vulgar por el género de comercio a que se dedicaba. El rótulo decía sencillamente: "Embutidos Simonson, Los mejores de Arkansas".

Nora dijo, con voz opaca:

—No me gusta esta ciudad, no me gusta nada.

—A mí tampoco, si te he de ser sincero —confirmó George—, Parece un cementerio No sé a qué demonios hemos venido aquí.

—Por una razón —dijo ella con voz suave—, una sola: porque tú y yo, antes de que nazca nuestro hijo, habremos conseguido el Premio Pulitzer. El nuestro será el mejor reportaje de los Estados Unidos.

Como si aquellas palabras optimistas les hubieran ayudado, en aquel momento distinguieron una casa con luz. Nora dijo, girando bruscamente:

—Mira, la oficina del *deputy*.

Bajaron ante ella. La oficina del deputy-sheriff, o sea, delegado local del representante de la ley en el condado, era como un puntito de luz en un siniestro islote de sombras. El *deputy*, un tipo gordo y de media edad, estaba con los pies en la mesa y leyendo una revista porno. La depositó a un lado mientras se ponía en pie al verlos entrar.

—Hola —dijo—, ¡Qué raro ver gente a estas horas! ¿Quiénes son ustedes? ¿Han tenido avería en su coche?

—No —dijo George, sonriendo agradablemente—; veníamos expresamente aquí.

—Pues qué extraño.

—¿Por qué?

—Nadie se para en esta ciudad. Tiene muy poca vida.

—Debe ser desde la muerte de aquella muchacha llamada Silvia Carpenter —dijo George.

El deputy echó la cabeza para atrás.

—¿Silvia Carpenter? -preguntó—. ¿Quién se acuerda ya de eso?

—Aún se acordarían bastantes personas si el asunto resucitase —murmuró George—. Hace sólo dos años de eso.

—¿Y ustedes han venido a resucitarlo?

—Con su ayuda —dijo George.

Y el joven le tendió una tarjeta que decía: "GEORGE SIMS Y NORA COLE. — PERIODISTAS".

El deputy los miró. Eran jóvenes. Ninguno de los dos pasaría de los veinticinco años. Vestían correctamente, pero con desenvoltura. La chica llevaba una falda bastante ancha por la parte superior, lo cual indicaba una cosa: debía estar encinta de unos tres meses, tal vez.

—¿Para qué periódico trabajan? —preguntó el representante de la ley.

—Para ninguno. Somos freelancers, es decir periodistas libres. Conseguimos los mejores reportajes, si es posible, y los vendemos a un gran periódico o a una gran agencia de información que los distribuye por todo el mundo. Oiga... ¿qué le pasa a esta ciudad? Parece muerta...

—Es una ciudad muy tranquila —dijo el deputy—. La gente se acuesta temprano aquí y vive del laboreo de los campos próximos. No nos gusta la popularidad, ¿saben? Cuando el caso de Silvia Carpenter, la gente se enfadó mucho porque era como si, de repente, hubieran acusado de asesinar a toda la gente de aquí. En el caso de que quieran hacer un reportaje sobre aquel caso que en realidad fue una fantasía, no cuenten con la ayuda de nadie, a no ser con la mía. Me llamo Clarence. Procurare serles útil, aunque sólo sea porque no tengo otra cosa que hacer.

Y les tendió la mano. Sonreía agradablemente. George y Nora se la estrecharon mientras tomaban asiento frente a la mesa. Los dos tuvieron la brusca sensación de que aquél era el único punto de vida en un cementerio, de que era el único lugar donde recibirían ayuda en una ciudad enteramente

hostil.

—Aquel crimen fue horrible —dijo George mientras pasaba un paquete de cigarrillos al *deputy*—. Parece que a Silvia Carpenter le arrancaron la piel, toda la piel, estando viva. La habilidad que el asesino demostró para eso fue auténticamente diabólica, porque nadie hubiera sabido hacer una cosa así. ¿Sabe cuándo leí un suceso semejante? Pues en un libro que trataba sobre historias de piratas de la Edad Media.

—¿Qué Edad Media? ¿Qué piratas? En las costas de los Estados Unidos nunca los hubo.

—Me refiero a las costas europeas, a piratas turcos, cuando la república de Venecia luchaba a vida o muerte contra ellos. Hubo un corsario turco que apresó a un capitán veneciano, uno de sus más implacables enemigos, y le hizo arrancar la piel en vida, pero sin destrozarla. De esa salvaje operación, resultó una especie de muñeco que hizo coser e hinchar con aire, paseándolo colgado del palo de mesana por todas las costas del Adriático (*Este hecho es rigurosamente histórico*). Ese episodio increíble y de una inaudita crueldad parecía que no hubiese tenido que repetirse más, pero yo diría que en Lunaville sucedió de nuevo. Hubo automovilistas que vieron un cuerpo humano en el que no había nada dentro, hinchado como un globo, y que fugazmente brotó entre los árboles. Uno de ellos creyó reconocer a Silvia Carpenter, si es que aquello podía reconocerse. Pero el caso es que Silvia Carpenter desapareció justamente aquí.

El *deputy* movió la cabeza de un lado a otro, haciendo una mueca.

—No crea que esa historia nos gusta —musitó—. En esta pequeña ciudad todos somos un poco parientes, ¿sabe?, y la ofensa que se hace a un miembro de la comunidad afecta a los otros. De todos modos, aunque a mis paisanos no les guste, a veces, yo me tengo por un buen servidor de la ley, y si hay que ahondar en una llaga ahondo en ella. Por los periódicos de la época sabrán que hice lo posible por resolver aquel caso, aunque la verdad fue que el caso no existió verdaderamente. Todo consistió en una especie de alucinación colectiva, puesto que si alguien hubiese arrancado la piel entera a aquella pobre chica, hubiese tenido que hacer algo con el cadáver. ¿Y qué pasó? El cadáver no estaba en ninguna parte. Aquí vinieron perros policía, vinieron especialistas, vinieron incluso fulanos con aparatos electrónicos de detección, pero sin resultado alguno. ¿Saben lo que pienso? Pues eso: era una alucinación de unos cuantos automovilistas domingueros. Silvia Carpenter escapó de su casa y ahora estará viviendo con su amante en cualquier sitio de este inmenso país. Supongo que, si supiera lo que están haciendo, se reiría de ustedes a mandíbula batiente.

Y él mismo también rió, pero al cabo de un instante se dio cuenta de que aquél era un detalle de mal gusto, al ver la expresión reconcentrada de los dos jóvenes. Tomo un cigarrillo del paquete y añadió:

—Discúlpenme, pero un deputy que vive en una ciudad tan pequeña como ésta sólo cree en realidades y no en alucinaciones. Aquí nos conocemos todos,

y por lo tanto no puedo creer en fantasías de esa clase. ¿Cómo acabó la investigación? Pues en un fiasco, porque todos los especialistas y los presumidos de la capital hubieron de retirarse con un palmo de narices. De todos modos, si ustedes son capaces de descubrir algo, yo les ayudaré. Están casados, supongo.

—Sí —dijo Nora—, nos casamos hace seis meses. Y le agradecemos mucho sus palabras de aliento, Clarence. Contamos con su ayuda y le aseguro que no ofenderemos a nadie. La gente de la ciudad ni siquiera notará que estamos aquí. Pero para eso necesitamos un sitio donde alojarnos, y lo curioso es que no hemos visto ninguno.

—Pues hay un sitio donde alojarse, claro que lo hay. ¿Tienen la guía de hoteles de Arkansas? La venden en todas las -librerías.

—Sí, la compramos hace poco —indicó George—, En Lunaville consta el hotel Baltimore, pero no lo hemos visto en ninguna parte.

—Pues existe A ver, abran por la página de Lunaville. ¿Lo ven? Carretera de Mekendon a la derecha. Está indicado. Sólo cinco habitaciones, pero no se preocupen, porque hay sitio. Lo encontrarán vacío.

—Gracias, señor Clarence.

—No hay pérdida. Está muy cerca de la carretera. Verán que la fachada es blanca y las cortinas rojas. Las habitaciones resultan confortables y el vestíbulo les gustará. Tiene un estilo Victoriano precioso.

—Gracias, señor Clarence. Vamos allá.

—Les veré mañana —dijo el deputy mientras les tendió la mano a los dos —. ¡Ah...! Llévense mi número de teléfono. Si para algo me necesitan, yo suelo pasar la noche aquí.

Y volvió a enfrascarse en la instructiva lectura de la revista. Les dos jóvenes salieron a la calle.

La luna se había ocultado otra vez. Todo era como una inmensa mancha negra.

No se veía ni la carretera.

—Vamos —dijo Nora—, No me gusta esto.

Y todos sus músculos fueron recorridos por un estremecimiento.

CAPITULO II

El cartel estaba allí, a la derecha. Era viejo y tronado, pero se leía bien: “Hotel Baltimore. — Una Milla’.

—Gira —dijo George.

Al final del camino tortuoso, que los árboles casi cerraban con su espesura, estaba la fachada. Pintura blanca y cortinas rojas. El rótulo campeaba sobre la puerta. Este era el único sitio donde se veía luz.

Una indicación con una flecha señalaba: “Garage para los clientes”. Otra lucecita, si uno se fijaba bien, lucía entre los árboles. George indicó:

—Deposita tú allí el coche mientras yo entro con la maleta y encargo la habitación. Supongo que querrás darte un baño.

—Sí.

—Lo encargaré también. Hasta ahora.

—Hasta ahora, George.

El tomó la maleta y entró. Al empujar la puerta, se expandió por el aire el alegre sonido de una campanilla.

Nora dio un giro al volante, siguió la indicación de la flecha y rodó hacia la luz. Más allá había un caserón de madera que tenía un aspecto siniestro, pero estaba iluminado. Ella hizo sonar el claxon al entrar, aunque no vio a nadie. Al fondo del local sólo distinguió una vieja camioneta. Dejó el “DS” estacionado donde no pudiera molestar, y se dirigió a pie hacia el hotel.

De pronto tuvo miedo.

Era un miedo profundo, suave, cruel, lento, que le iba penetrando hasta el fondo de los nervios poco a poco.

Avanzar por aquel sendero en el que las tinieblas eran espantosas y en el que tenía que guiarse con las manos extendidas, le producía una especie de horror.

¿Por qué no habían ido los dos juntos? ¿Por qué aquella maldita manía de George de encargar las habitaciones mientras ella se ocupaba de aparcar el coche? Ese modo de dividirse el trabajo era útil en ciudades de mucho tráfico, donde resultaba difícil aparcar, pero allí, ¿por qué?

El miedo iba subiendo poco a poco hasta su cerebro, como una mano helada. Le hacía daño en la nuca.

Pero pronto se dio cuenta de que había sido una estúpida al asustarse, porque el hotel estaba realmente a pocos pasos. Vio le fachada blanca con las cortinas rojas. La luz de la entrada seguía brillando alegremente.

Ella empujó la hoja de madera y cristal.

El sonido de la campanilla.

Y luego el silencio.

Nora oyó su propia voz:

—George...

Miró ante sí.

¿Qué le había dicho el deputy-sheriff? ¿Le había hablado de un salón amueblado al estilo Victoriano?

Allí no había nada de eso. Nada de muebles de estilo. Todo, al contrario, reflejaba un desorden espantoso. Había unas sillas rotas, un banco de carpintero, una sierra, unas herramientas que no supo identificar, unos, pedazos de tela.

Y en el suelo, en medio de todo eso, la maleta que llevaba George

Ella llamó:

—¡Eeeeh...!

Silencio.

Sólo aquel sonido al fondo. Sólo aquel Nññññeccc... Nññññeccc... Nññññeccc...

Una puerta oscilaba un poco más allá.

Los ojos de la muchacha parecieron crujir a causa del brusco movimiento de sus párpados.

—George...

Avanzó hacia allí.

—¡George!

Silencio.

La maleta detrás de ella.

El desorden.

La luz que parecía extinguirse poco a poco.

La puerta...

La muchacha avanzó un poco más hacia allí.

Captaba el sonido de sus propios pasos.

El único sonido.

¡La puerta!

Esta se abrió de repente. Y Nora lanzó entonces el aullido más inhumano, más terrible, más alucinante, más doloroso que jamás haya partido de la garganta de una mujer.

Porque George venía hacia ella.

Pero... ¿era realmente?

¿Era aquél su cuerpo?

Aquel cráneo completamente pelado, mostrando los huesos desnudos, ¿era el suyo?

¿Y lo demás?

¿Qué era aquel cuerpo humano que se movía, que avanzaba, que aún vivía, que aún tenía los ojos saltando de las órbitas?

¿Qué era aquel cuerpo... al que le habían arrancado la piel?

El grito alucinante de Nora hizo temblar las paredes.

Hasta la luz pareció vacilar ante aquel alarido de muerte.

Todo daba vueltas, vueltas, vueltas...

El cuerpo de George cayó a sus pies. Se retorció unos segundos, de una forma alucinante, hasta quedar quieto. Parecía mentira que aún hubiese

podido vivir unos minutos, ¡y andar!, después de aquel espantoso suplicio.

Ella se llevó las manos a la boca. Se las metió en ella.

Casi se destrozó la lengua.

Los ojos se le habían salido de las órbitas por completo. No se daba cuenta, pero rugía como un animal.

Y la puerta volvió a abrirse, entonces.

Apareció el enorme cuchillo tinto en sangre.

El cuchillo de desollar.

Y el brazo gigantesco.

Y la cara destrozada por los ácidos.

Aquella piel corroída, carcomida, podrida, muerta.

La cara del monstruo.

Nora aulló con todas sus fuerzas:

—¡Noooo! ¡Voy a tener un hijo! ¡No! ¡No! ¡Nooo!

Las dos zarpas vinieron hacia ella.

Los brazos poderosos la sujetaron por detrás, la hicieron girar y una boca podrida le envió su aliento. Fue entonces cuando Nora se dio cuenta de que iba a morir.

De que su suplicio sería increíble.

De que iban a desollarla viva como a George.

El cuchillo trazó un corte en su nuca, como el que se practica con los cadáveres para la autopsia. Con ello, la piel de su cráneo quedó suelta.

El chillido de Nora fue tan espantoso como la muerte misma.

Toda la piel de la parte posterior de su cabeza fue empujada hacia adelante. La cara de Nora desapareció. El cuchillo trazó entonces un corte junto al cuello.

La muchacha perdió el sentido.

Esa fue su suerte, después de todo.

La muerte se compadeció de ella.

El destino que no había tenido piedad de su cuerpo tuvo al menos piedad de su alma.

CAPITULO III

El coche, un "Studebaker” ultramoderno, con luz intermitente en el techo y la estrella del sheriff en ambas puertas, se detuvo chirriando ante la oficina del deputy. De él descendieron dos hombres, uno de los cuales era un negro con un pistolón. El otro era alto y bilioso, de raza blanca, y lucía al pecho la estrella que le acreditaba como la máxima autoridad policial del condado.

Antes de subir los escalones del porche miró su relej. Eran las doce del mediodía, y el magnífico sol pegaba fuerte. La escasa gente de la ciudad se movía con indolencia, con esa indolencia de los campesinos de hoy día, que gracias a las máquinas modernas tienen muy poco que hacer. Las escasas tiendas estaban abiertas.

El deputy —sonrió saludando a su jefe.

—¡Hola, sheriff! —dijo.

—¡Hola, Clarence! ¿Qué tal por aquí?

—Ya ve... Todo normal. Aburrimiento.

Y le invitó a pasar a la oficina. En aquel momento se dio cuenta de que la revista “porno” aún estaba sobre la mesa y la apartó de un manotazo para que su jefe no tuviera mala impresión de él. Tomó un paquete de cigarrillos que estaba al lado y dijo:

—¿Quiere?

—No, gracias. He dejado el vicio.

—Pues yo aún mato las horas fumando. ¿Qué? ¿Una inspección rutinaria, jefe?

—Sólo en cierto modo. Me he decidido a venir personalmente en vez de llamarle por teléfono para hacerle una recomendación, Clarence.

—Pues claro que sí... Ya sabe que yo haré lo que sea para conservar este empleo en el que no doy golpe. ¿Qué desea?

—Anoche supongo que vendrían por aquí dos periodistas que trabajaban libre, dos freelancer. Antes habían estado en la capital del condado y hablaron conmigo.

Clarence sonrió.

—Sí, claro que estuvieron. Por cierto... ¡diablos!

Sostuvo el paquete con el que había querido invitar a su jefe. Mientras lo miraba mejor, añadió:

—¡Por cierto..., se dejaron aquí el paquete de cigarrillos!

El de la placa no dio importancia a aquello. Gruñó:

—Lo que quiero decirle es algo que seguramente ya le dijeron a usted: van a menear la mierda de aquel viejo asunto de Silvia Carpenter, un asunto que en realidad no existió, porque todo se debió a la fantasía delirante de un grupo de automovilistas domingueros. No me gusta.

—Estoy con usted, jefe. Y conste que se lo dije. No sé a qué vienen esas tonterías al cabo de dos años.

—Bueno, lo que quiero decirle es esto: no les dé facilidades. No quiero que el nombre de este condado salga en los periódicos sin necesidad. ¿Usted qué les dijo?

—Que !es daría facilidades —reconoció Clarence.

—Mal hecho. Debió inventar algo para echarles de aquí y para que siguieran su camino. Por ejemplo debió decirles que no había alojamiento. ¿O les dijo lo contrario?

—Pues... pues sí. Perdone, pero ya veo que lo hecho todo mal, Les envié al hotel Baltimore, el único que tenemos. Claro que difícilmente podía haber hecho otra cosa, si bien se mira, porque ellos habían comprado la guía de hoteles de Arkansas.

—De modo que están allí...

—Sí.

—No han aparecido en toda la mañana...

—No.

—Pues es extraño, porque esos periodistas buscones fisgan en todo. A estas horas ya deberían estar interrogando a todos los comerciantes de la calle principal, desde el de la tienda de embutidos hasta al concesionario de los neumáticos General. Pero le diré lo que vamos a hacer, Clarence.

—Lo que a usted le parezca, jefe.

—Buscaré cualquier excusa para que se larguen de aquí. Puede haber motivos, como por ejemplo el que no llevan correcta la documentación del coche. O quién sabe si han olvidado el certificado de matrimonio, en cuyo caso les amenazaré con denunciarles por inmoralidad pública. Usted viene conmigo y me apoya, ¿entiende? Todo lo que yo diga debe parecerle bien.

—Por supuesto, jefe.

—No quiero violencias. Sólo buscar una excusa para que se larguen de aquí, ¿entendido?

—Ni una palabra más —dijo Clarence.

—Pues vamos. El hotel Baltimore, ¿eh?

—No hay otro, jefe.

—Pues arreando.

El coche oficial dobló a la derecha por donde estaba la indicación que los dos jóvenes habían visto la noche anterior y se detuvo minutos más tarde ante la fachada blanca con las cortinas rojas. Pese a ser mediodía, tras el cristal de la puerta brillaba una luz. Los dos hombres descendieron, y el sheriff gruñó:

—No me gusta esto.

—¿Por qué?

—¿Hay quien se aloje en un sitio tan solitario?

—Pues claro... —murmuró Clarence, defendiendo lo suyo—. Es muy tranquilo. No sabe la cantidad de gente enferma de los nervios que viene a pasar una o dos semanas aquí.

—Puñeta. Pues lo que es el dueño no ahorra.

—¿Por qué lo dice?

—Es mediodía, hace un sol de justicia y el tío sigue con la luz encendida.

—Se habrá distraído.

—No me gusta esto, ¿sabe? —Mascculló el sheriff del condado—. No sé... Esto tiene un aire que me revienta.

—Al contrario, es muy acogedor. Ya verá como le gusta cuando conozca al dueño. Vamos.

Los dos atravesaron la puerta.

Sonó una alegre campanilla.

Y vieron el elegante salón con muebles Victorianos.

Las alfombras.

La limpieza total.

La escalera que subía al primer piso.

El dueño quien les saludó alegremente, al ver sus caras de pasmados.

—¡Eh! Hola, Clarence. Bien venido, sheriff. ¿Una copa?

—Lo primero que tienes que hacer es apagar la luz, Sam. Te la has dejado encendida.

—¡Caray, que distraído soy! Bueno, menos mal que siempre hay amigos que se ocupan de los intereses de uno. ¿Y qué? ¿Qué pasa? ¿Una inspección rutinaria en les registros del hotel, sheriff? ¿O tal vez busca a algún fugitivo?

—No. Busco a dos personas honradas.

—Entonces nos busca a mi mujer y a mí —dijo riendo el dueño del hotel, que era un tipejo pequeñajo y enclenque.

—Las personas honradas son dos periodistas jóvenes. Unos veinticinco años cada uno. Tío y tía. La tía está bastante buena, aunque me pareció que ya llevaba encima una tripita de tres meses. Anoche se alojaron aquí.

—¿Qué dice?

—Que se alojaron aquí.

—No, sheriff.

El dueño había parpadeado. Clarence murmuró:

—Yo mismo te los envié, Sam.

—Pues equivocarían el camino.

—No, hombre, no es posible. La señal se ve tanto que cualquier automovilista ha de hacer casi una maniobra para no chocar con ella.

—Lo que dices es cierto, pero seguirían de largo. ¡Yo qué sé!

—Sam —masculló el deputy—, el hotel más próximo, siguiendo por esta carretera, está a cuarenta millas, y la chica no se tenía en pie. Además habían venido expresamente aquí, de modo que no hay motivo para que siguieran. Se quedaron.

Sam arqueó una ceja.

—Bueno, ¿y a mí qué me cuentas? —preguntó—. Yo sólo tengo cinco habitaciones, de modo que... ¡a ver si no conoceré a mis huéspedes! Lo que puedo jurarte es que anoche aquí no vino nadie.

El representante de la ley en el condado miró al deputy y arqueó también una ceja. No tenía motivos para dudar de Sam, que llevaba muchos años

establecido allí. Pero de todos modos dijo, sin querer ofenderle:

—¿Puedo registrar el edificio? No me gusta jugar a fantasmas con los periodistas. Luego todo se publica y resulta que a uno acaban diciéndole que no es hijo de su padre. Permítame.

—Como quiera, sheriff...

Sonó un silbido.

El ayudante negro vino como un perro fiel.

Entre los tres registraron el edificio entero, cosa que se podía terminar en diez minutos. Ni sótanos, ni bodega, ni puertas dobles, ni armarios profundos, ni altillos, ni trampas. Ocho habitaciones en total, contando las cinco de los huéspedes, un comedor, una cocina y una sala de reuniones con televisor. Todo eso y el vestíbulo era el hotel Baltimore, que figuraba en la guía de los establecimientos de Arkansas. El deputy Clarence se plantó junto a la puerta principal y masculló:

—No es posible.

—¿Por qué? —Preguntó Sam—. Todo tiene su explicación, hombre. Tú me los enviaste, pero a ellos no les gustó el sitio. Siguieron su camino y aparecerán. ¡Claro que aparecerán! O quién sabe si olfatearon una noticia que les gustaba más y se largaron tras ella.

—No veo qué noticia podría ser ésa —gruñó el deputy—. No ha habido ningún accidente por aquí. No se ha producido ninguna violación y ninguna mujer le ha atizado a su marido con una cachiporra. Tienen que haberse parado en el hotel, repito.

Pero notó en seguida que su jefe tenía -una expresión aliviada. El no haberlos encontrado allí le daba una gran tranquilidad, porque los dos periodistas le molestaban. El sheriff se encogió de hombros y gruñó:

—Tiene razón Sam: ya aparecerán, y si no aparecen mucho mejor. Que se vayan a la mierda con sus historias inventadas. Y usted, Clarence, oiga esto: tenga el ojo atento y si vienen échelos. Cualquier infracción que cometan, la más mínima, le puede servir. ¿Entendido?

—Entendido, jefe.

—De todos modos, yo volveré dentro de un par de días.

Y mientras salían los tres, dijo en voz baja:

—¿Me prestará la revista que tenía sobre la mesa?

—Ma... ma... ¡maldita sea! Yo creí que no la había visto, jefe.

—Claro que la he visto. ¿Cree que soy idiota? Y hasta juraría que una de las modelos es mi ex mujer. ¡Menuda zorra!...

* * *

El sheriff del condado no tardó dos días en volver, sino cuatro. Descendió del mismo coche y se apeó junto al mismo negro del pistolón. Tenía un aspecto preocupado y huidizo cuando miró a Clarence.

—¿Qué, jefe? —preguntó éste—. No acaba de tener buena facha. ¿Era de

veras su ex mujer aquella modelo?

—Sí, y no hago más que recibir llamadas telefónicas.

—¿Qué le dicen?

—¡Los muy hijos de perra! Hasta mis mejores amigos dicen que fui idiota al divorciarme de una mujer que sabe tanto.

Y se sentó ante la mesa del deputy. El paquete de cigarrillos aún estaba allí. Faltaban sólo unos cinco o seis más. Como si aquello le hubiera recordado el verdadero objeto de su visita, el representante de la ley, murmuró:

—¿Qué se ha sabido de aquellos dos?

—¿De los periodistas? Nada.

—Hum... pues habrá que hacer una investigación. He estado dándole vueltas a eso.

—¿Una investigación de qué clase, sheriff?

—Durante estos días he estado haciendo comprobaciones con todas las patrullas de tráfico. No ha habido ningún accidente en el condado. Esa pareja no está registrada en ningún hotel. No se les ha visto en parte alguna, y eso que aquella noche había un control de carreteras veinte millas más allá a causa de un atraco. Por lo tanto tienen que estar aquí. Además, mire esto.

Extrajo una especie de petaca, de las que algunos fumadores tradicionales aún usan para conservar el tabaco. Pero de ella no extrajo tabaco, sino dos sobres cuyo contenido volcó cuidadosamente sobre un papel encima de la mesa. Era algo entre blanco y gris; una especie de polvo. Pero entre aquel polvo sobresalía algo que podían ser esquirlas de hueso.

Y fue el mismo Clarence el que lo dijo:

—¡Oiga! ¡Son esquirlas de hueso!

—En efecto, lo son —murmuró el sheriff—. Su descubrimiento ha sido debido a una casualidad. Dos de mis hombres han estado dando vueltas por ahí, en especial entre las ciénagas, para saber si en alguna de ellas fue sepultado el coche de esos dos. Entre unas hierbas vieron esto y les pareció raro. Se trata de huesos humanos que han sido pasados por una enorme piedra de esmeril, es decir, reducidos a polvo. No quiero ni imaginar que se trate de los restos de esos dos, porque sería monstruoso.

Clarence palideció mientras miraba como obsesionado el paquete de cigarrillos.

—Oiga... ¡no es posible!

—Los huesos son recientes —gruñó el de la placa—. Y ahora viene mi pregunta: ¿quién tiene una rueda de esmeril que haya podido hacer ese trabajo?

—El... el dueño de la fábrica de embutidos.

—¿No tiene una especie de subnormal que trabaja para él?

—Sí. El dueño de la fábrica es el señor Simonson, ya lo sabe. Una industria puramente casera. Le ayuda, en efecto, un subnormal llamado Bill.

—¿Puede él haber hecho eso? ¿Cometer esa monstruosidad?

—De ninguna manera, no es un tipo peligroso.

—Eso lo veremos pronto.

Y los dos hombres salieron de allí. Las investigaciones comenzaban.

El deputy le aseguró que él amaba sobre todo el buen nombre de aquella ciudad y que en las pesquisas estaba dispuesto a mirar hasta debajo de las camas de las casaditas jóvenes.

—No lo haga —pidió el de la placa—. Se llevaría más de una sorpresa.

CAPITULO IV

No es que Clarence mirara debajo de las camas, pero al menos hubo de reconocer que su eficacia fue indudable. Revisó personalmente todas las ciénagas existentes en la comarca y en cuyo fango hubiera podido ser hundido un coche. Interrogó a Simonson y a Bill, su ayudante subnormal, que era el que embuchaba los embutidos. Volvió a registrar el hotel. Buscó huellas de neumáticos, aunque ése era un trabajo inútil porque últimamente había llovido. Por fin hizo venir al juez del condado y convocó al “pequeño jurado” para que éste determinara si existía un delito. No se podía pedir a un hombre que hiciera más cosas para aclarar la situación.

Como es sabido, en las legislaciones anglosajonas suelen darse dos fases en la actuación judicial. La más conocida es la del “gran jurado”, el cual se reúne para enterarse de la existencia de unas pruebas y para juzgar según ellas, después de haber oído al fiscal, el defensor y el juez, todo ello cuando ya está sentado en el banquillo el presunto delincuente. Pero antes se reúne el “pequeño jurado” en la mayoría de los casos. Este "pequeño jurado” simplemente determina si existen indicios racionales de delito, y en caso afirmativo si se puede acusar a alguien del mismo. Sólo en el caso de que ambos dictámenes sean positivos, se pone en movimiento de una forma plena la maquinaria de la ley.

Clarence jugó las cartas con toda claridad. Explicó que los dos jóvenes habían llegado a su oficina. Que él les había indicado la dirección del hotel Baltimore. Mostró al jurado el paquete de cigarrillos que olvidaron sobre la mesa. Exhibió también el documento oficial según el cual el polvillo hallado correspondía a huesos humanos. Terminó indicando que el jurado haría muy bien en prestar la debida atención a aquel asunto.

En contra de esta opinión habló el alcalde de la pequeña comunidad. Según él, una de las mayores conquistas de la democracia norteamericana es la libertad, por lo que nada obligaba a los dos periodistas a quedarse en el condado. Seguro que estaban en cualquier otro sitio de los Estados Unidos. Por otra parte, no se podía dudar de la palabra de Sam, el dueño del Baltimore. Y eso de que un simple polvillo de huesos correspondía a restos humanos era una simple apreciación del forense del condado, que —la verdad sea dicha—, ocupaba el puesto por recomendación y no por lo que entendiera del asunto. Mostró el resumen de abundante bibliografía médica según la cual hacen falta restos más detallados que unas simples esquirlas de hueso para saber su procedencia. Y con todo esto —preguntó—: ¿iba a ensuciarse el nombre de la ciudad? ¿Iban a exhibirla en las páginas de todos los periódicos? ¿Iban a convertirse en víctimas de la “prensa amarilla”? ¿Ellos mismos se atribuían un crimen sin más pruebas que la existencia de un puñadito de polvo? ¡No y mil veces no! ¡Los habitantes de Lunaville merecían más respeto que todo eso!

Y el jurado, compuesto por personas de la misma ciudad, decretó que no se había cometido ningún delito y que no había, por lo tanto, ningún culpable. De ese modo el caso quedaba totalmente cerrado a menos que apareciesen otras pruebas, como por ejemplo un cadáver.

Pero ningún cadáver apareció.

El *deputy-sheriff* Clarence había cumplido con su deber. Ahora podía estar tranquilo.

Todo aquello había durado dos semanas, dos semanas muy movidas y durante las cuales apenas tuvo tiempo de nada. Pero cuando concluyeron musitó:

—Bueno, al “trabajo”.

Y puso las patas sobre la mesa para enfrascarse en la instructiva lectura de todas las revistas “porno” del país, a las que estaba suscrito. De pronto, al ver una de las modelos gritó:

—¡Cuerno! ¡La segunda mujer del sheriff!

CAPITULO V

El coche en el que viajaban los tres jóvenes, tomó a buena velocidad la curva y se detuvo de repente. La furgoneta a la que acababan de ver estaba correctamente detenida, o sea a la distancia reglamentaria, pero en cambio “aquello" casi estaba en el centro de la carretera. Podía provocar un maldito accidente.

“Aquello" era lo más singular del mundo: una muchacha en una silla de ruedas. Detenida allí, en medio del asfalto, parecía la imagen misma de la desolación y del olvido.

El coche se detuvo.

Tommy saltó y dijo:

—¿Eh, amiga, qué te pasa?

Los otros dos, Clark y Nelly, se apearon también. Tenían los tres la misma edad y vestían con la despreocupación de los que están de vacaciones. Nelly era muy bonita; tenía el pelo negro y la piel atezada de una mestiza india.

También era bonita la chica de la silla de ruedas, aunque resultaba completamente distinta. Era una chica fina y no vestía como para ir de vacaciones, sino de una forma absolutamente convencional y burguesa: Vestido oscuro, medias y zapatos de tacón. Tenía la tez fina y el pelo rubio. Las piernas llamaban la atención por lo preciosas, pese a la inmovilidad a que estaban condenadas. Sus ojos eran duros y mostraban una inflexible decisión.

—¡Hola! —dijo—. Celebro haberos encontrado. Me llamo Marta.

Nelly preguntó, tratándola con la mayor familiaridad:

—Bueno, ¿y qué cuerno te pasa?

—Se me ha estropeado la furgoneta.

—Ah, sí... —dijo Tommy—. Nos has adelantado hace media hora más o menos. Conducías a buena velocidad... ¿Y cómo es que vas tú sola?

—¿Por qué no?

Tommy señaló la silla de ruedas.

—Las cosas no encajan —indicó.

Por toda respuesta, ella maniobró las ruedas con gran habilidad y fuerza, yendo hacia la furgoneta, y abrió la puerta del conductor. Inmediatamente, y por medio de un mecanismo hidráulico, se deslizó hacia abajo una rampa con un retén. Bastaba con encajar allí las ruedas, y la fuerza de la batería subía el retén y la silla. Por otra parte, frente al volante no había asiento alguno. Ella podía encajar la silla entre dos topes y quedarse quieta allí. Todos los mandos, desde el embrague hasta el gas y el freno, eran manuales como las de una moto scooter.

—Es una furgoneta para minusválidos —explicó Marta— Está muy bien preparada y puedo conducir en ella como una persona normal.

Clark se rascó detrás de una oreja.

—Pero se te ha estropeado —dijo.

—Sí.
—Espera; yo entiendo algo de mecánica. Le echaré un vistazo.
Alzó el capó y estuvo trajinando un rato, pero luego lo volvió a bajar e hizo un gesto de desaliento.
—El cable de la pipa de la bobina se ha podrido —dijo—. Hay también unos cuantos fusibles que están mal y los platinos están picados. No sé cómo has podido llegar hasta aquí sin problemas, y lo curioso es que, cuando nos has pasado antes, tu motor petardeaba muy bien.
—Todas las cosas duran hasta que se estropean —le replicó resignadamente ella, mientras volvía a bajar valiéndose sólo de la fuerza de sus brazos para controlar las ruedas.
—Esto necesita un repaso de al menos un día —indicó Clark—. Si quieres, dejas la furgoneta a un lado, bien cerrada, y te llevamos a la ciudad. Supongo que habrá una grúa para recogerla.
—Será lo mejor —indicó Marta.
Los dos jóvenes y la chica empujaron el vehículo y lo dejaron fuera de la carretera, en una zona con hierba. Luego ataron la silla de ruedas en la baca, junto a otras cosas, y a Marta la sentaron entre los equipajes. Producía una impresión extraña ver entrar aquel vehículo ya bastante destartalado y con una silla de ruedas encima, como si fuese un trofeo. Algunos automovilistas que les adelantaron les hicieron señas burlonas.
—¿Para qué es eso? ¿Para cuándo os rompáis las patas en un accidente? —Gritó un camionero—. ¡Buena idea! ¡Así ya podéis salir arreando sin necesidad de médicoooooo...!
Tommy, que era el que conducía, hizo un gesto de hastío.
—Los camioneros ya no son como antes —dijo—. Ahora a cualquier imbécil le dan un veinte toneladas y... ¡hala, a jorobar por ahí! Bueno, en realidad no te hemos hablado de nosotros. Somos amigos y hemos ahorrado en nuestros trabajos para tener tres meses de vacaciones. Damos la vuelta al país. ¿Tú qué haces?
—Yo busco un sitio tranquilo para escribir un libro —explicó Marta.
—Ah..., ¿eres novelista?
—No. Estoy haciendo un estudio histórico sobre los indios que antes poblaban Arkansas.
—¡Ah! entonces eres una empollona.
—¡Caray, no tanto!
Tommy señaló hacia adelante.
—¡Eh, chicos! Mirad qué nombre tiene ese poblacho: Lunaville. El sitio no vale nada, pero el hombre es bonito.
—Tendríamos que detenernos aquí para-ver si encontramos un mecánico —dijo Marta.
—Naturalmente —indicó Nelly, la chica—, y hasta creo que deberíamos quedarnos a dormir en Lunaville, Hoy hemos hecho una etapa demasiado larga.

—No es mala idea.
—¿Quién nos podría informar?
—Mira, ahí está la oficina del deputy.
Detuvieron el coche ante ella. Todo lo de allí rezumaba la paz y la vulgaridad más absolutas. El deputy tenía las botas sobre la mesa y se deleitaba hojeando sus revistas puercográficas, era la monda.
Clarence apartó discretamente la revista, los miró de soslayo y dijo:
—¿Algún problema, muchachos?
—No, no hay ningún problema legal, deputy.
—Ya me extrañaba. No se cometen delitos por aquí.
—Lo que ocurre es que necesitamos un mecánico y una grúa para remolcar una furgoneta que está a cosa de tres millas —indicó Clark.
—No hay ningún mecánico aquí. El más próximo está en Belford.
—¡Ondia!
—Pero se le puede avisar de un día para otro. ¿Tienen mucha prisa?
—Podemos avisarle y hacer noche aquí —indicó Nelly—. De todos modos ya pensábamos descansar en Lunaville. ¿Hay hotel?
—Sí, uno solo —dijo Clarence.
—Pues no se le ve por ninguna parte.
—Es que no está en el casco urbano, sino a unas pocas millas de aquí. Si siguen la carretera principal lo encontrarán en seguida, a la derecha. Hay una indicación. Supongo que tendrán habitaciones en esta época del año. ¿Llamo?
—¡Oh, es usted muy amable, deputy!
Clarence marcó un número, habló unos instantes y luego colgó diciendo que sí; que había habitación. Sólo entonces, al mirar por encima de los jóvenes, se fijó en la silla de ruedas que estaba en la baca.
—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿La olimpíada del minusválido ?
—No. Es de aquella chica. Justamente la furgoneta que hay arreglar es suya.
—¿La han recogido en la carretera?
—Sí.
—Pues también tiene pelotas para ir por ahí completamente sola.
—Es valiente.
—Y bonita —elogió Clarence, mientras miraba el rostro visible detrás de un cristal del coche—. Bueno, aquí tienen, apuntado en este pedazo de papel, el número de teléfono del mecánico de Belford. Lo llaman desde el hotel y quedan de acuerdo. ¿Entendidos?
Clark lo tomó.
—Gracias —dijo—. Es usted tan amable que no sabemos qué decirle.
—No digan nada. Espero que la estancia en nuestra pequeña ciudad les resulte grata. Buena suerte.
—Gracias.
Volvieron al coche.
Clark musitó:

—¡Cuerno, qué pronto oscurece por aquí!

—Siempre ocurre lo mismo en las llanuras.

—Bueno, ¿vamos a ese hotel de la puñeta?

—Vamos.

Nelly preguntó, con la mayor confianza:

—Marta, ¿tienes dinero para pagar el hotel? Porque si no lo tienes podemos hacerte un préstamo.

—Clare que tengo. De todos modos, gracias por vuestra oferta.

Salieron de la ciudad y la dejaron atrás, cosa de una milla, siguiendo la carretera irregular y llena de bosquecillos a ambos lados. Fue entonces cuando oyeron aquel disparo que los estremeció.

Clark frenó bruscamente.

Y entonces vieron al enorme perro. Era negro y tenía el tamaño de un hombre alto si se ponía en pie. Sus ojos estaban sanguinolentos, de su boca partían dos hilos de espuma. Causaba una sensación casi estremecedora, como la que hubiese podido causar una pantera saliendo repentinamente del bosque.

Sin embargo, al ver el coche, se detuvo también en seco y se colocó detrás como buscando protección. Su cabeza casi se aplastó contra una ventanilla mientras sus ojos miraban hacia el interior, fijamente.

Y entonces Marta se fijó en aquellos ojos. En ellos había una expresión casi humana, había un sentimiento que les hombres también tenemos: desesperación. Y aquel enorme perro les pedía algo, precisamente a ellos, les, estaba pidiendo comprensión y piedad.

Marta susurró:

—Es un Doberman...

—Sí —afirmó Nelly—, el perro más valiente y más duro que existe. Dicen que cuando clava los dientes en una presa, no abre la boca jamás, hasta que lo mata Vale mucho dinero.

—Pues a éste quieren liquidarle —susurró Clark—. Alguien, en el bosque, lo ha estado persiguiendo a tiros.

—Dejad que entre.

—¿Pero no será peligroso?

—¡Qué ha de ser peligroso! ¿No veis cómo nos mira?

Abrieron una de las puertas y el enorme animal entró con la mansedumbre de un perrillo. Le pusieron las piernas encima para cubrirlo y el Doberman no protestó.

—¡Hala, arreando! —dijo Clark.

A las pocas yardas tuvo que detenerse de nuevo.

Dos hombres provistos de rifles con mira telescópica les cortaron el paso como si fuesen los amos de la carretera.

—¿Qué pasa? —preguntó Clark.

—¿De dónde vienen? —gruñó uno de los tipos.

—¿Y a ustedes que les importa?

—Más cuidado, joven. Está anocheciendo y no nos gustan los forasteros. Podríamos descerrajarles una bala y decir que los hemos confundido con unos salteadores. En esta ciudad no necesitamos la presencia de nadie.

—¿Serían capaces? —balbució Marta, mientras rogaba a Dios que el perro no ladrase, porque ya había adivinado lo que pasaba.

—¡Vaya si seríamos capaces! Y ahora contesten a esta pregunta: ¿de dónde vienen?

—De Lunaville —dijo Clark.

—Entonces habrán visto cruzar la carretera a un perrazo enorme.

—Sí, lo hemos visto —se apresuró a decir Marta—. Por poco lo atropellamos. Se ha metido en el otro lado del bosque.

—¿Seguro?

—Seguro. ¿Por qué vamos a mentirle?

—Estamos liquidando a una manada de perros salvajes que circulan por aquí —masculló uno de los cazadores—. El negro es el jefe. Hemos abierto ya las tripas a dos docenas de crías, pero no conseguiremos nada hasta que lo atrapemos a él.

Marta tragó saliva con un espasmo.

—A los cachorrillos podrían recogerlos —musitó.

—¡Qué va! Los matamos.

El otro rió.

—¡Y de qué manera!...

Clark también sintió una especie de náusea y siguió con el coche hacia adelante. Aquellos dos benefactores de la Humanidad se perdieron en la curva. El can alzó entonces la cabeza mientras lanzaba una especie de murmullo.

—Es inteligente —dijo Nelly—. Se ha estado quieto mientras había peligro.

—Los perros son más inteligentes de lo que creemos —opinó Marta, a su vez—, lo que ocurre es que, a veces, no les dejamos serlo.

—Bueno, ¿y qué hacemos con él? En el hotel no lo querrán.

—Lo dejaremos en el coche —indicó Marta—, pero con la puerta abierta, para que pueda salir y hacer sus necesidades. Y si quiere escapar que escape. A un animal no se le puede tener prisionero.

—De acuerdo; yo creo que se va a estar por los alrededores del hotel.

—Entonces esta noche le daremos comida.

—Perfecto, ¿pero dónde puñetas está el camino que nos dijo el *deputy*?

—No se ve nada, ¡cuerno!

—¡Mira, ahí está la señal!

—¡Ah, sí...! Hotel Baltimore. ¡A la derecha!

—Vamos.

El volante giró. El coche se adentró por el sendero tan estrecho que las ramas de los árboles casi lo tapaban.

—Vaya camino para un hotel... —susurró Clark.

—Sí, no parece demasiado atractivo.
—¿Pero vosotros creéis que alguien viene realmente aquí?
Marta no dijo nada.
Tenía los ojos quietos, concentrados. La mandíbula tensa.
Nelly susurró:
—Menos mal. Mira, allí está.
En efecto, vieron la pequeña explanada.
La fachada blanca de] hotel.
Y las ventanas con las cortinas rojas.

CAPITULO VI

Fue Nelly la que susurró:

—Hum... No me gusta.

—¿Por qué?

—No sé. Tiene algo.

—Quizá el hecho de que no estén encendidas las luces —dijo Tommy.

—Sí. Sólo está iluminada la puerta.

—Y no hay ningún coche... Señal de que no hay clientes.

—No seáis tontos. Están todos en el garaje —explico Nelly.

—¿Cómo sabes que aquí hay un garaje?

—¿Es que no lo habéis visto? ¡Pues sí que estáis nerviosos, chicos! Ahí, enfrente de vuestras narices, un letrero lo indica.

En efecto, entonces vieron la flecha y las letras: “Garaje”.

—¿Qué? ¿Vamos hacia allí? —preguntó Clark,

—Antes descargaremos los bultos.

—Y la silla de ruedas —musitó Marta—. No me vais a dejar aquí de muestra.

—Sí, claro, mujer. Eso está hecho.

Bajaron el armatoste y acomodaron a la chica en él. Luego tomó cada uno su equipaje, consistente en un macuto, dejando en la baca del coche lo que no les iba a hacer falta aquella noche. Nelly y Tommy se quedaron en tierra también.

Marta susurró:

—¡Eh, mirad el Doberman!

En efecto, el enorme perro había salido disparado, metiéndose en la oscuridad. Ya no se acordaba de ellos para nada.

—Es un desagradecido —murmuró Clark.

—Yo diría que ha olfateado algo.

—Es posible. Bueno, ¿qué nos importa?

—Llevaré el coche al garaje —indicó Clark—. Tú, Tommy, pide tres habitaciones. Una para Nelly, otra para Marta y otra para nosotros dos. Oye, Nelly, si fueses menos puritana podríamos ahorrarnos la mar de dinero en este viaje.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Alquilando una habitación de menos.

—¿Y cómo nos las arreglaríamos?

—Dormiríamos juntos, chata.

Nelly se echó a reír e indicó con un gesto a Marta que los dos estaban chiflados. Marta también rió. Pero se apartó un poco del coche, se situó casi en el centro de la explanada maniobrando muy bien con las ruedas y contempló todo aquello con expresión reconcentrada.

Nelly se quedó con ella, mientras susurraba:

—De todos modos no me gusta esto.

—¿Cómo subiré los escalones del porche? —preguntó Marta.

—Tienes razón... ¿Era eso lo que te preocupaba? Bueno, el problema no es tan grave, porque supongo que tendrán un par de tablones. Tommy los pedirá, y si no los tienen te subiremos a pulso.

—Gracias.

—Oye: tienes una cara que ni que estuvieses soñando, chica.

Marta no contestó.

Sus ojos perdidos miraban la fachada.

Clark, entretanto, había ido a guardar ya el coche en el garaje. Fue Tommy el único que entró en el hotel.

Empujó la puerta de cristales tras la que brillaba una luz.

Y sonó la campanilla.

* * *

Los ojos de Tommy parpadearon dos veces. ¿Aquello era un hotel? ¿Qué modo era ése de recibir a los clientes?

La verdad era que jamás había visto nada parecido. Tablones por el suelo, desperdicios, luces inciertas, puertas desvencijadas... No se podía pedir un desastre mayor. Incluso por entre unos tablones se deslizaba perezosamente una rata.

Tommy sintió deseos de reír.

Tenía gracia la cosa. Se habían equivocado.

Pero no. Estaba seguro de haberlo leído muy bien. Encima de la puerta lo decía: “Hotel Baltimore”. No cabía duda de que estaba en el sitio al cual precisamente había querido llegar.

Entonces sintió que unas gotitas de sudor nacían en sus sienes.

—¡Eh! -—llamó.

Por un momento pensó en salir, pero le dio vergüenza. Por lo menos había que saber qué es lo que existía un poco más adentro, para dar una explicación a los otros. Avanzó unes pasos y oyó entonces el crujido de la puerta.

Tac... clac... Ññññññeeeeec... Trac... Ñññññeeeec.

Se detuve.

Ahora notaba el sudor como algo pastoso y consistente en sus sienes. Fue hacia aquella puerta mientras ahogaba una maldición.

Ñññññeccccc...

La empujó.

Dio un paso.

Y entonces oyó aquel leve ruido a su espalda.

Un aliento fétido le llegó a la cara, pero resbalando sobre su nunca.

El suelo de madera crujió al ser pisado con fuerza por alguien. Las luces de la habitación parpadearon.

Tommy intentó volverse.

No pudo.

Un brazo potente como una argolla le mantuvo de espaldas, mientras la mano le tapaba la boca,

Era una mano enorme y que tenía una fuerza inhumana. En el primer instante, Tommy no pudo reaccionar contra ella. Quizá en un segundo instante sí que hubiese podido.

Pero no hubo segundo instante.

No hubo nada.

Sólo aquel cuchillo que se hundió un peco por debajo de su nuca y le desgarró la piel del cuello de oreja a oreja.

Tommy casi no sintió dolor.

La sorpresa había sido tan brutal, tan absoluta, que incluso llegó a anular sus sensaciones físicas. Incluso intentó dar un paso hacia adelante pensando que lo dejarían libre.

La mano se apretó entonces con más fuerza contra su boca.

Y entonces sí que sintió dolor, entonces sí que el tormento penetró como un hierro al rojo a través de su cabeza.

No sintió nada más.

Sus músculos se doblaron mientras el chirrido espantoso de la piel al ser arrancada, hendía el aire.

CAPITULO VII

Clark penetró en aquella especie de almacén que hacía las veces de garaje y no vio ningún coche allí, lo cual indicaba que el hotel no tenía un solo cliente. Aquello no hizo sino confirmar la primera impresión angustiosa que el edificio le había producido, aquella impresión de que acababan de penetrar en el reino de una extraña e inexplicable pesadilla.

Descendió, tras apagar el motor, y miró en torno suyo. En el polvo del suelo de cemento había las huellas de unos neumáticos, lo cual indicaba que al menos otro automóvil había estado allí no mucho tiempo antes, pero desapareciendo al fin. El caso era que la sensación de soledad y de abandono no podía resultar más espantosa.

Clark pensó: "¿Y si nos largáramos de aquí? Al fin y al cabo podemos perfectamente hacer noche en otro sitio."

Decidió consultar eso con los otros y salió de allí. Desde el garaje a la explanada donde se encontraba el hotel había un sendero lleno de sombras donde crujían los pies. Clark sintió un denso malestar hasta que llegó al sitio en que se hallaban los otros.

Vio a Nelly.

Y a Marta.

¿Pero y Tommy? ¿Dónde estaba Tommy'

—Ha entrado a pedir habitación —dijo Nelly, adivinando la pregunta—. Quería estar seguro de que, efectivamente, había sitio.

—¿Y aún no ha salido?

—No.

—¡Pues qué extraño!

—Debe estar eligiendo las habitaciones —opinó Nelly.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque entonces se habrían encendido otras luces, y ahí dentro no se ha encendido ninguna.

Los tres se miraron a la vez. Los tres comprendieron que eso era cierto y tuvieron el mismo pensamiento: había algo que no tenía sentido; había algo que no marchaba. Y tenían que averiguar lo que era.

—¡Tommy! —llamó Nelly, con voz algo estridente—. ¡Tommy!

Silencio.

Nada se movía en la casa. Todo estaba muerto. Hasta el gigantesco perro Doberman había desaparecido al llegar allí.

Clark farfulló:

—¿Queréis decir que este hotel está re... registrado legalmente?

—Nos lo recomendó el propio deputy —dijo Nelly—. Y además, ahora me acuerdo: estaba anunciado en una de las oficinas de turismo por las que hemos pasado hace poco. Claro que está registrado legalmente.

—Pues entonces hay que entrar. Tommy ya lleva demasiado rato ahí dentro.

Y miraron a Marta. Era evidente que, o la subían a pulso en la silla o no podría ascender por los peldaños del porche. La bonita muchacha dijo, encogiéndose de hombros:

—Es igual. Puedo esperaros aquí.

—No, no te quedes sola. Podemos izarte.

—Siento daros tantas molestias... Una chica que tiene las piernas paralizadas no es más que un trasto. No debisteis haberme recogido.

—¡Qué tontería! No te preocupes.

Ella empujó las ruedas y se detuvo ante los tres peldaños del porche. Entre Nelly y Clark la izaron sin demasiado esfuerzo, pues la verdad era que Nelly tenía tanta energía como un hombre. Entonces se detuvieron los tres ante la puerta de cristales opacos tras la cual brillaba una luz.

No dieron un paso más. Les detenía una especie de religioso respeto.

El silencio era sobrecogedor.

Sólo se captaban a intervalos ruidos furtivos de animales nocturnos, que se movían entre la vegetación como si aquello fuera una selva.

Por fin Nelly emitió una especie de risita, pero le salió falsa. Mientras avanzaba hacia la puerta dijo:

—Bueno, ésta es la cosa más estúpida que nos ha ocurrido... Después de haber dormido en los sitios más miserables del país, ¿vamos a detenemos ante la puerta de un hotel sólo por el hecho de que no se vea a nadie?

Y entró.

Pudo ver los tablones en el suelo, la suciedad, el desorden que indicaba que aquello no era un hotel ni lo había sido nunca. Una puerta al fondo hacia “ññññecccc ññññecccc". Por supuesto que de Tommy no se veía rastro alguno.

Los otros dos entraron en silencio tras ella. El siseo de las ruedas de la silla produjo un sobresalto a Clark y a Nelly, de tan sensibilizados que estaban. Los dos se volvieron de pronto para encontrarse ante el rostro impenetrable de Marta.

—No se ve a nadie —dijo ella con voz opaca.

Pese a ser la más indefensa, puesto que ni siquiera podía bajar los escalones del porche, era la que menos impresionada estaba. Sus ojos recorrieron aquel vacío, aquel desorden, y luego resumió sus pensamientos en una sola frase que lo decía todo:

—Tommy ha desaparecido.

—Ti... tiene que estar por aquí —dijo Nelly.

Y en seguida gritó:

—¡Tommmmyyyyyyy...!

Su voz se perdió en aquel vacío que no tenía sentido. La puerta que había al fondo volvió a vibrar. El hecho de que no hubiese respuesta a aquella llamada hizo que palidecieran intensamente los tres.

Pero fue Marta, como antes, la que mejor conservó la serenidad. Señalando hacia aquella puerta que crujía musitó:

—Tenemos que buscarle. Yo creo que deberíamos dividirnos el trabajo.

—No, separarnos no —musitó Nelly.

—Entonces ve con Clark. Yo me quedo aquí.

—¿Para qué vas a quedarte, Marta?

—Elemental: si Tommy está revisando esto, como supongo, y al fin decide salir, saldrá por aquí. Entonces necesita encontrarse con alguien porque, de lo contrario, creerá que nos hemos fugado todos.

—En eso tienes razón, Marta, pero...

—¿Pero qué?

—Tú no puedes moverte. Estás indefensa...

—Precisamente porque no puedo moverme me quedo aquí —dijo ella, con una sonrisa tranquila—. Y en cuanto a lo de indefensa, ¿es que de veras creéis que aquí va a atacarnos alguien?

—Pero esto no es un hotel...

—Lo cual significa, ni más ni menos, que nos hemos equivocado de sitio.

—Pues larguémonos.

—Claro —dijo Marta—. Cuando encontremos a Tommy.

Las palabras cargadas de sensatez, de aquella muchacha sentada en la silla de ruedas, tuvieron la virtud de calmar a los otros dos. Era curioso —pensó Clark— que una chica indefensa tuviera que darles lecciones de serenidad a ellos dos, que podían pasar de un salto por encima de una pared de dos metros. Fue la propia Marta la que les aconsejó un instante después:

—Por si acaso, no os separéis. Id siempre juntos de un lado a otro.

—Tienes razón —musitó Nelly.

Y desaparecieron los dos, por la puerta del fondo. No vieren más que un pasillo oscuro al final del cual había otra puerta. La misma sensación de soledad y de abandono imperaba allí. Sin embargo, tuvieron la certeza de que Tommy acababa de recorrer aquel pasillo porque sus huellas estaban marcadas en el polvo.

—Hay que seguirlas —dijo Clark.

La muchacha gritó:

—¡Toooooommmmyyyyyyy!

Clark se sobresaltó. Hizo un gesto nervioso.

—Calla. Estoy empezando a pensar que aquí hay algún peligro, y en tal caso no conviene que sepan dónde estamos. Con esos berridos que pegas, será igual que si nos estuviesen controlando en una pantalla de radar.

—Ti... tienes razón. No chillaré.

—En cuanto veamos a Tommy nos largamos todos. ¡Y aprisa!

—Sí, Clark.

—Lo malo es que he metido ya el coche en el garaje, pero llegamos allí en menos de dos minutos.

—E... eso es peor.

—¡Mira!

—¿Qué pasa?

Nelly no tenía una vista tan aguda como la de Clark. Este señaló las huellas que torcían hacia la izquierda.

Habían recorrido sólo unos metros en el pasillo y ya les parecía que llevaban una eternidad en él, recorriendo millas y millas.

Las huellas terminaban junto a una puerta.

—Mira —dijo Clark—, aquí aparecen otras. Pero son enormes...

Nelly se estremeció hasta la médula de los huesos.

—Oye, Clark —balbució—, eso no es de un ser humano.

—Claro que sí. Simplemente se trata de un tío muy grande.

—Lo cual significa que hay alguien más aquí...

—Pronto lo veremos. Tú espera aquí fuera, Nelly. Entraré yo solo.

Y empujó aquella hoja de madera.

Entonces lo vio en el suelo. Casi tropezó con él.

Sus ojos se desencajaron.

De su garganta no escapó más que un gruñido gutural.

Era... ¡ERA IMPOSIBLE!

¡Lo que había allí no era un ser humano!

Sus ojos desorbitados recorrieron aquello-

El cráneo que era sólo una masa de huesos.

Las órbitas enormes... ¡pero dentro de las cuales aún estaban los ojos!

El cuerpo sin piel

Sólo una masa roja.

Palpitante aún.

Una masa que había sido... ¡TOMMY!

De la garganta de Clark escapó un grito gutural. O al menos creyó que lo había lanzado.

Todos sus músculos vibraron, pero en ellos no había ningún vigor, ninguna fuerza.

Las manos palmearon angustiosamente el aire.

Y en aquel momento oyó aquel leve “chask” aquel crujido junto a la puerta.

CAPITULO VIII

El *deputy-sheriff* estaba tranquilamente sentado en el porche de su oficina. Cosa rara, no leía ninguna revista instructiva, sino se dedicaba a dar largas y lentas chupadas a su pipa.

La ciudad, en torna suyo, ya parecía una ciudad muerta. Los comercios estaban cerrados, en los despachos no había nadie. El único sitio donde se trabajaba era la fábrica de embutidos de Simonson, donde se preparaba el género para el día siguiente. Precisamente de allí salió Bill, el único operario, el subnormal, cuya inteligencia se había detenido a nivel de la de un chico de cinco años.

Atravesó la calle arrastrando la pierna y miró al deputy.

—Clarence —dijo.

Clarence le miró por entre las volutas de humo de su pipa.

—¿Qué te pasa? —susurró.

—Cansado.

Bill sólo hablaba con monosílabos. Sus ideas eran muy primarias y elementales. Comer, dormir, las evacuaciones orgánicas y el sexo.

—¿Es que hay trabajo? —preguntó Clarence.

—Sí.

—Pues te aguantas. Simonson también trabaja.

—Sí.

—¡Hala!, ¿quieres un cigarrillo?

Bill emitió un gruñido mientras tendía ansiosamente las manos. Fumar era lo que más le gustaba, quizá porque veía que eso lo hacían las personas más importantes que él. Clarence le dio un paquete entero.

—¿Qué? ¿Te gusta?

Una serie de gruñidos le indicaron que sí, que a Bill aquello le hacía feliz.

—Pues arreando —dijo Clarence—. No me crees problemas. A trabajar.

El subnormal atravesó la calle y se metió otra vez en la pequeña fábrica. Fuera del ruido de la máquina de embuchar, no se oía nada en la calle. El deputy dejó pensativamente que se apagara su pipa y entonces captó el runrún de aquel motor que se acercaba. Pronto los faros del coche del sheriff le alcanzaron de lleno.

Clarence se puso en pie.

—¡Eh, hola, jefe! —saludó.

El representante de la ley en el condado se apeó del coche que esta vez, excepcionalmente, conducía él. Un hombre de media edad, vestido con un terno azul y tocado con un sombrero de fieltro blanco, se apeó también para mirar con negligencia en torno suyo.

—De modo que Lunaville... -dijo—, ¡Pues qué ciudad más tranquila

—Oiga, Clarence, le presento al señor Tropper —dijo el sheriff mientras se acercaban los dos—. Va a presentarse como candidato en las elecciones a la

Cámara de Representantes y yo le estoy promocionando un poco. De memento quiere conocer hasta los menores rincones del estado, ¿comprende? Va a hacer noche en Lunaville.

Clarence le estrechó la mano.

—Pues no le quedará más remedio que ir al Baltimore —dijo—. No es que sea un hotel de primera, pero no tenemos otro.

—Le acompañaré hasta allí —dijo el sheriff—. ¿Sabe si hay habitaciones?

—Siempre las hay —murmuró Clarence—. Esperen... Yo también iré con ustedes por si surge algún problema. El dueño me conoce mucho.

—También me conoce a mí —gruñó el sheriff—. Le registré el edificio de arriba abajo.

—Quizá por eso no querrá ni verle —gruñó Clarence—, ¡Hala, vamos!

Subieron todos al coche y rodaron a poca velocidad por la carretera sinuosa. El tráfico era nulo. A poca distancia vieron perfectamente el letrero que indicaba: "Hotel Baltimore".

—Por aquí —dijo Clarence.

—Doblaron.

Al cabo de unos instantes vieron la explanada y la fachada blanca con las cortinas rojas. Como de costumbre, el lugar resultaba casi siniestro al no haber luz más que detrás de los cristales opacos de la puerta.

—No me gusta ni pizca —dijo Tropper.

—Pues el trato es bueno —elogió Clarence—. En fin, ya verá. A lo mejor se queda más de una noche.

Empujó la puerta.

Y lo vio todo.

El agradable vestíbulo.

Las escaleras que subían al primer piso.

Los muebles Victorianos, el ambiente acogedor, la limpieza.

El dueño estaba tomando unas notas en el comptoir.

—¡Hola, Clarence! —Dijo alzando la cabeza—. Supongo que esta vez no ha desaparecido nadie, ¿eh?_

—No, al contrario. Te traigo un huésped. El señor Tropper va a presentarse como candidato a las elecciones para la Cámara de Representantes. Nuestro amigo el sheriff lo recomienda.

—Magnífico. Ya tiene usted un voto —dijo el hotelero, en plan de circunstancias—. Espero que esto le resulte agradable, amigo. Suba, suba...

Y mientras señalaba las escaleras se volvió hacia Clarence.

—Oiga, deputy —preguntó—, ¿no estaban dando una batida contra los perros salvajes?

—Sí. ¿Por qué?

—Me ha parecido ver un enorme Doberman.

—¿Suelto?

—¡Y tan suelto!

—Pues habrá que tener cuidado con él —dijo Clarence—. Es el jefe de la

manada y conoce a la gente de esta ciudad. La conoce y la odia.

—¿Crea que sería capaz de atacar a alguien?

—Por si acaso, yo no me pondría delante —advirtió Clarence—. Un Doberman se carga a un hombre en menos de un minuto. Y son listos, ¿sabe? A veces he llegado a pensar si no querrán y no odiarán como los seres humanos. De modo que... ¡ojo!

Estrechó la mano de Tropper y salió allí. Una vez en la explanada que había delante del hotel, estiró los brazos perezosamente.

—¡Qué noche más aburrida! —dijo—. ¡Qué noche...!

—Sí, está bastante tranquila,

—Oiga, sheriff, ¿qué ha sido de su segunda mujer?

—Se largó. Dijo que quería probar fortuna no sé dónde.

Clarence se acordó de las maravillas que le había visto hacer en la revista y murmuró:

—¡Pues vaya!...

Luego los dos hombres volvieron a subir al coche perezosamente.

CAPITULO IX

Clark contempló, con ojos desencajados, la puerta.

Se dio cuenta de que iba a abrirse... ¡De que alguien iba a entrar allí!

Y bruscamente decidió tomar la iniciativa. Fue el miedo lo que le dio fuerzas. Abrió aquella puerta de golpe para enfrentarse al peligro desconocido que estaba más allá.

Pero no había nadie. Sólo Nelly, que iba a entrar también, extrañada por su tardanza. Los cuerpos de ambos parecieron chocar en el aire.

Nelly balbució:

—¡Clark! ¿Qué pasa?

—No entres ahí —consiguió articular el joven.

—Pero, por Dios., ¿qué pasa?

—No... no entres.

Ella le miró con asombro. Se dio cuenta de que la cara de Clark había cambiado, de que no era la misma. Incluso parecía a punto de perder el conocimiento.

Nelly, casi fuera de sí, le pegó dos rabiosas bofetadas para hacerle recobrar el sentido de la realidad. Cuando los ojos de Clark empezaron a mirarla con un poco más de fijeza, susurró:

—¡Contesta! ¿Por qué... no... no podemos entrar?

—Tenemos que largarnos de aquí, Nelly... ¡aprisa...! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

—No sin antes ayudar a Tommy.

—Tommy está... ahí dentro.

Los ojos de Clark habían vuelto a extraviarse. Nelly sacó fuerzas no supo de dónde y abrió la puerta que tenía delante. Miró la habitación.

La habitación vacía.

Las paredes desnudas.

El suelo con alguna manchita de sangre.

Pero eso era todo.

Ni rastro de Tommy.

Los ojos extraviados de Nelly volvieron hacia atrás.

—Clark... —musitó

Pero Clark ya no estaba.

El miedo había podido más que él.

En ese momento corría alocadamente hacia la salida, tropezando con las puertas, con las paredes, con los tablones, con todo, teniendo la angustiosa sensación de que apenas veinte yardas se habían transformado en veinte interminables millas.

De que nunca llegaría a la puerta en la que le esperaba Marta.

¡De que jamás saldría de allí!

Tropezó con otra puerta.

Esta cedió.
La oscuridad.
Un recinto negro en el que no se veía absolutamente nada.
Sólo entonces se encendió una lucecita en el cráneo de Clark. Sólo entonces se dio cuenta de que se había equivocado de camino, dirigiéndose a la parte trasera del hotel en vez de dirigirse a la parte delantera.
Se detuvo en el umbral.
Resollaba como un animal herido.
La habitación negra le aterraba tanto, que el miedo le impedía dar un paso para adelante o para atrás. Aquella oscuridad se había metido en su cerebro, en sus músculos. Le inmovilizaba.
Le pareció oír un susurro delante de su cara.
—¿Quién está ahí? —balbució—. ¿Quién... quién está a...ahí?
El susurro se reprodujo.
Clark sentía hielo en la sangre. Era incapaz de moverse. Sus pies atornillados al suelo no podían dar un paso.
Y entonces algo se movió hacia él.
Lo vio confusamente.
Era algo que volaba.
¡Un cuerpo humano!
Demasiado tarde comprendió que aquel cuerpo humano no tenía movimiento propio y que alguien se lo había lanzado encima con una terrible fuerza. Cuando chocó con él, Clark lanzó un angustioso grito de miedo y de náuseas a la vez. Aquella carne que ya no tenía piel se hundió en su cara.
Penetró en él.
Le manchó de rojo.
Con voz entrecortada, con voz que era apenas un gemido, Clark balbució:
—¡Tommy...!
Y cayó de rodillas.
Aquella masa informe y sangrienta cayó sobre él. Todas las ropas del joven se tiñeron de rojo.

* * *

Marta estaba inmóvil en el desordenado vestíbulo de aquel edificio. Sus manos descansaban quietas y tranquilas en los brazos de la silla, como si no notara aquel clima de horror que flotaba en el aire.
Oyó unos ruidos al fondo, como si alguien se acercara, pero nadie apareció. Entonces ella dijo con voz opaca:
—¡Nelly! ¡Clark!
Otra vez aquel silencio. Solamente desde el exterior llegaban los rumores furtivos de la espesura.
—¡Nelly! ¡Clark!
Nada.

La muchacha notó que su cuerpo parecía atornillado a la silla de ruedas. La hizo girar y miró la puerta exterior.

Esta oscilaba levemente. Por el hueco no se veían más que las sombras de la noche. Y entonces la muchacha supo con una terrible certeza que nadie vendría a ayudarles, que estaban solos allí, en aquel pozo, en aquel infierno, en aquel pequeño cementerio donde flotaban las nubes de una pesadilla.

—¡Nelly! ¡Clark!

Era inútil llamarles. Después de cada uno de sus gritos se hacía más espeso y más amenazador el silencio.

Pero ella quiso conservar la serenidad y quiso que su cerebro funcionase. Allí sólo había una cosa que podía salvarla, y esa cosa eran las fuerzas de su mente. Por lo tanto cerró los ojos e intentó reflexionar.

Una arruga vertical y profunda se marcó en su frente.

Nunca había reflexionado como entonces, con una intensidad tan terrible.

Lo primero que necesitaba saber era exactamente dónde estaba, ya que aquello no era un hotel ni mucho menos. Pero en cambio el nombre estaba bien claro, y además coincidía exactamente con la indicación de la carretera. ¿Por qué?

De una forma maestra, pues en eso era una verdadera experta, hizo girar las ruedas y salid. Una vez en el porche, y a pesar de la débil luz, se empezó a fijar en una serie de cosas.

Antes todo le había pasado inadvertido porque creía estar entrando realmente en un hotel, pero ahora se dio cuenta de que los detalles no cuadraban. Por ejemplo:

El porche en que estaba era auténtico. Correspondía a una edificación sólida y ya bastante vieja.

En cambio, la fachada del edificio que había detrás era nueva y estaba bien pintada. En ella se encontraban las ventanas con cortinas rojas. Todas esas cortinas estaban corridas, no dejando ver el interior.

Y aquí sí que Marta empezó a sentir que unas gotitas de sudor nacían en sus sienes.

Porque ella... ¡no había visto dentro, ninguna ventana con cortinas rojas!

¡Las ventanas daban hacia fuera, pero no existían en el interior!

¿Cómo era posible?

Sus dedos rozaron entonces aquella fachada.

Y se dio cuenta de que era muy ligera. Se trataba de una fachada de madera como tantas otras, pero de madera delgada y poco consistente, poco apta para un edificio y en cambio muy apta para un decorado teatral de cierta calidad.

La idea terrible penetró entonces en su mente... ¡un decorado teatral!

Y esa idea se confirmó cuando dio unos golpecitos en aquella fachada y se dio cuenta de que no tenía consistencia. Simplemente se trataba de una pantalla, de una especie de cortina que se quitaba y se ponía, de un decorado que entre dos hombres podían transportar y que se hacía pasar por un hueco

hecho a propósito entre el porche y el verdadero edificio que había detrás de él. Es decir, el porche y el edificio principal no estaban enteramente juntos. Entre ambos quedaba un hueco de medio palmo por el que se hacía pasar, como el que corre una cortina, el decorado que representaba la fachada del hotel. Pero uno no entraba realmente en él, sino en el verdadero edificio que estaba detrás, un edificio que, al menos por la parte delantera, tenía una sola puerta y ninguna ventana.

La muchacha sintió que las gotitas de sudor frío llegaban hasta su garganta.

De modo que aquello... ¡era una sucia trampa!

¡E incluso la indicación de la carretera debía haber sido cambiada! ¡Alguien podía retirarla del verdadero sitio en que estaba, indicando el hotel que realmente existía, y colocarla un poco más adelante, en el sendero que llevaba de una forma directa a aquel edificio del infierno!

Marta apretó los labios de tal forma que su rostro se deformó.

Y entonces oyó por primera vez aquel alarido terrible, aquel alarido infrahumano, aquel alarido de muerte.

* * *

Pese a la escasa luz que existía allí, Clark acababa de reconocer el cuerpo que vio antes, el cuerpo totalmente despellejado de Tommy. La visión fue tan espantosa y la angustia resultó tan profunda que las piernas se negaron a sostenerle. Ya había caído al suelo bajo el peso de aquel cuerpo sin vida, pero ahora se dio cuenta de que no se podía levantar.

Era como un paralítico.

Estaba a merced del diablo.

Y EL DIABLO vino.

Clark vio con los ojos desencajados sus botas de media caña.

Surgían de la oscuridad.

Vio sus piernas anchas embutidas en unos pantalones negros.

Sus manos enormes y completamente manchadas de sangre.

Su cuchillo de desollar.

Sus ojos saltones y enloquecidos, sus facciones brutales, su lengua que babeaba presa de una excitación indecible.

Clark se dio cuenta de lo que iba a ocurrir.

Pero no pudo moverse.

El terror era tan intenso que le dejaba sin fuerza en las venas, sin aliento, sin alma.

Aquel rostro se inclinó sobre él.

De los labios partió una risita demoníaca.

El cuchillo de desollar le abrió las ropas de arriba abajo, pero no le lastimó la piel. Aquel monstruo manejaba tan perfectamente el cuchillo como un cirujano maneja el bisturí. Luego hizo dos cortes más, de modo que pudo

arrancarle la ropa a puñados y con una maestría increíble.

Sin duda había hecho lo mismo con Tommy antes de desollarlo por completo, pero después de arrancarle la piel del cráneo y taparle con ella la cara. De ese modo lo dejaba no sólo completamente aterrado, sino también completamente indefenso.

Pensó que lo mismo le sucedería a él.

Pero no. Su suplicio iba a ser aún más terrible.

El monstruo sabía que lo tenía completamente a su merced. Y empezó a arrancarle la piel del pecho.

Fue entonces cuando Clark lanzó aquel aullido infrahumano, lacerante, horrible, aquel aullido que estremeció la casa y que llegó a los oídos de Marta.

CAPITULO X

Otra de las personas que oyó aquel grito espantoso fue Nelly, y la muchacha se dio cuenta de que procedía de la garganta de Clark. Bruscamente, en fracciones de segundo, se dio cuenta de que Clark iba a morir y de que ella estaba sola en aquella mansión de pesadilla... ¡con la sola ayuda de una paralítica!

Fue eso lo que le hizo perder por completo el control de sus nervios. Quizá en otro momento hubiera tratado de obrar con inteligencia, de ocultarse en el primer momento o al menos de escapar sin hacer ruido, pero ahora se sentía incapaz de eso. Ahora era simplemente una loca que lanzaba aullidos ululantes.

Chocó también con las puertas.

Penetró en habitaciones oscuras en cada una de las cuales podía estar aguardando la muerte.

Dio con sus gritos una pista segura al monstruo que la debía estar persiguiendo.

Hizo, en fin, todo lo contrario de lo que una persona inteligente hubiera hecho, pero ahora Nelly no podía elegir. Nelly era sencillamente una muchacha destrozada por el miedo, por la inminencia de la muerte.

Sin embargo, hay cosas pésimamente hechas y que salen bien, y ésa fue una de ellas. Lo que quizá Nelly no hubiera conseguido con su inteligencia lo consiguió con sus gritos y con sus impactos en todas las puertas. Bruscamente vio una ventana que daba a no sabía dónde. La abrió a medias y se lanzó por ella.

Rodó por el suelo.

Se dio entonces cuenta confusamente de que no podía haberse hecho daño porque el edificio constaba sólo de una planta. Pero se dio cuenta también de algo, más: ¡de que podía huir! ¡De que estaba libre!

Quizá en otro momento se hubiese acordado también de sus compañeros en peligro, y especialmente de Marta, pero ahora no pensó en eso. Simplemente tenía que huir de aquel infierno. Huir... ¡HUIR!

Corrió alocadamente por el camino.

Las ramas bajas Je daban en la cara. Chocaba de frente con todo lo que había delante, sin verlo, y no obstante a veces se detenía de golpe ante obstáculos inexistentes. Dos veces cayó a tierra y dos veces se levantó mientras de su garganta torturada surgían gruñidos de bestia.

Por fin sus ojos se detuvieron ante una cinta asfaltada y lisa.

¡Era la carretera!

Corrió por ella en dirección a Lunaville mientras movía los brazos agitadamente y seguía chillando como una poseída, hasta que de pronto aquellos faros casi la dejaron ciega. Hasta que de pronto aquel coche se detuvo a menos de una yarda, con un chirrido terrible de frenos, porque de lo

contrario la hubiese atropellado.

Nelly lanzó otro aullido gutural.

Y cayó en brazos del *deputy-sheriff*, que había saltado en su busca.

* * *

Marta la había visto salir. Desde el porche en que aún estaba, quieta en su silla de ruedas, oyó sus gritos y luego vio la mancha blanca de su cuerpo que se perdía en las sombras. Eso le hizo darse cuenta de una aterradora realidad, puesto que ya no cabía dudar de la muerte de Tommy y de Clark:

Estaba sola.

Sola en aquella siniestra casa que no conocía. Sola con el monstruo. Sola en su silla de ruedas.

Sola con la lacerante sensación del peligro. Sola con su miedo, pero también con su fanática decisión.

Porque, a pesar de todo, el cerebro de Marta siguió funcionando.

Se dio cuenta de que disponer del coche que Clark había dejado en el garaje podía ser una gran ayuda. De modo que se dirigió hacia los peldaños del porche y los bajó.

No lo hizo de una forma demasiado académica, desde luego, y además la silla estuvo a punto de volcar, pero al menos se encontró en la explanada. A toda la velocidad posible, rodó entonces por el sendero que llevaba al garaje.

Oía el crujir de la gravilla bajo los neumáticos.

Creía captar detrás de ella una respiración ansiosa.

Respiraba como un animal destrozado.

Tedas las fibras de su ser, todos los músculos de su cuerpo le gritaban una y otra vez: ¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Aprisa!

Por fin llegó a ver el cobertizo que servía de garaje. Había muy poca iluminación en él, de modo que todo estaba poblado de sombras.

Marta siguió empujando las ruedas.

Entró en aquel nuevo recinto del horror sin darse cuenta de que en cualquier momento podían cerrarse las puertas y quedar atrapada.

Sus ojos seguían teniendo una serenidad glacial cuando lo miró todo, desde las paredes desnudas hasta el coche que la había traído hasta allí y que Clark dejó poco antes.

Pensó en subir a él.

Pero antes quería saber, realmente, dónde estaba. Su silla giró velozmente por allí, con tanta rapidez como si tuviera un motor. Se dio entonces cuenta de que había una puertecilla disimulada tras una pila de neumáticos de camión.

Acercó allí su silla, y a pesar de lo forzado de la postura movió con eficacia los brazos. Marta demostró, entonces, tener una fuerza muy poco común, porque los pesados neumáticos —algunos de los cuales iban con su correspondiente rueda— saltaron uno tras otro. La puertecilla quedó entonces al descubierto.

Marta la abrió,

Y pudo ver la habitación iluminada.

Era pequeña.

La claridad que en ella había era lechosa.

Turbia.

Y de pronto los vio.

Colgaban del techo.

Estaban sujetos a un garfio por el pelo.

Eran como esos globos de los niños que son impulsados hacia arriba, y algunos de los cuales representan muñecos. Porque eso era 3o que ella tenía delante de los ojos: MUÑECOS... ¡Pero muñecos de piel dentro de los cuales había estado antes una figura humana!

Los ojos fanatizados, desencajados, de la muchacha hubieron de apreciar, pese a todo, la maestría con que el maldito trabajo había sido hecho. No sólo la piel había sido arrancada limpiamente y por zonas muy extensas, sino que los cosidos resultaban perfectos. De hecho eran casi invisibles, dando la sensación de que el cuerpo humano seguía allí... ¡Pero sin nada dentro!

Las pieles habían sido cosidas por los ojos para que no tuvieran orificios. Luego hinchadas con aíre, seguramente mediante una simple bomba de bicicleta, hasta darles las medidas exactas del cuerpo humano que un día cubrieron. De este modo, hasta las facciones podían ser casi reconocidas.

Había bastantes. Quizá una docena de pieles.

Eso indicaba que los crímenes... ¡los crímenes se venían cometiendo desde mucho tiempo atrás!

Allí estaban los dos periodistas. Allí estaba Silvia Carpenter.

Marta lo miró todo con ojos turbios, opacos.

De su garganta no escapaba más que un débil estertor.

Y luego se volvió bruscamente, mientras ahogaba un gemido, porque acababa de oír un chasquido a su espalda.

Y era verdad. La puerta acababa de cerrarse.

Marta estaba prisionera con su horror, con su soledad. Marta prisionera de la propia muerte.

CAPITULO XI

Nelly cayó como una losa en los brazos del deputy. Después de aquel horror, después de la carrera inaguantable a través del bosque, sus fuerzas habían fallado de repente. Chocó con Clarence y balbució:

—Dios mío...

Clarence la miró como si tuviese delante una alucinación. Mientras la apoyaba en el coche balbucid:

—¿Pero qué pasa?

—Aquel hotel no... 110 es un hotel.

—¿Cómo que no? ¿Pero de qué está hablando? ¡El hotel Baltimore existe realmente y, además, está muy cerca de aquí! ¿Se ha vuelto loca y quiere que yo acabe de volverme loco también?

La muchacha se dio cuenta confusamente de que Clarence iba armado, pero si el monstruo le atacaba por la espalda era muy dudoso que pudiera defenderse, y en ese caso ella estaría perdida otra vez. Por eso balbució:

—Por favor, vámonos de aquí. El monstruo tiene que estar cerca.

—¿Qué monstruo?

—No me haga preguntas ahora, Clarence. Vá...vámonos de aquí...

Había vuelto a chillar, de pronto. Todo su cuerpo se convulsionó de miedo. Clarence la empujó hacia el coche y dijo:

—Está bien, vámonos de aquí. Supongo que cuando usted esté un poco más calmada podremos aclarar esto.

Y puso primera, saliendo de aquel lugar. Sólo al sentirse protegida dentro de unas paredes metálicas y al ver que se alejaban de aquel lugar maldito, Nelly notó que su cuerpo se vaciaba por dentro. Fue una relajación inmensa, infinita. Aquella tensión terrible de sus músculos se diluyó en el aire.

Pero de pronto lanzó un grito de agonía.

Porque allí estaba el letrero de antes.

¡Hotel Baltimore!

¡Y Clarence giraba hacia él!

—¡No! —Barbotó Nelly, mientras todo su cuerpo brincaba en el aire—, ¡A ese sitio, no y mil veces nooo!

Clarence dijo:

—Nelly! ¡Clark!

—¿Pero qué pasa?

Y de pronto Nelly quedó callada, con los ojos desencajados de asombro. Porque se daba cuenta de que el camino que estaba recorriendo no era el mismo de antes, sino otro mucho más limpio y ancho. Al fondo había un edificio enteramente igual que el que vio antes y donde también figuraba el rótulo de “Hotel Baltimore”, pero había en él algo que lo hacía completamente distinto. Bastantes ventanas estaban iluminadas y abiertas. Enfrente estaban estacionados dos coches. Unas parejas bien vestidas —dos

hombres y dos mujeres— se despedían ante la puerta, vestidos como si acabaran de asistir a una cena de matrimonios o a una pequeña fiesta.

Clarence preguntó:

—Bueno, ¿es esto?

Ella estaba fascinada. Negó con la cabeza torpemente.

—Era otro sitio —balbució—. Seguro que era otro sitio.

—Pero eso no tiene sentido...

—Claro que si —balbució Nelly—. Ahora lo entiendo tocio. Es muy sencillo.

—¿Qué es eso tan sencillo? A ver si yo lo entiendo de una vez...

—Debe haber sólo unos centenares de yardas entre un sitio y otro. Alguien cambia el indicador, trasladándolo de sitio, lo que en un coche puede hacer en menos de tres o cuatro minutos.

—¿Quiere usted decir que hay un edificio enteramente igual a éste?

—Sí. Y nosotros hemos ido a él.

—¡Diablos!

Ella le sujetó entonces, febrilmente, por el brazo. A punto de sufrir un ataque de histeria, gritó:

—¿Es que no lo entiende? ¡Por Dios, haga algo! ¡Mis compañeros han muerto! ¡Han muerto! ¡Han muerto! ¡Han muértoooo!

Chillaba como una poseída y estaba a punto de lanzarse del coche, aunque desde fuera no debían oírla al estar los cristales alzados. Clarence la sujetó por el cuello y apretó con una extraña fuerza, hasta casi desnucarla.

—¡Calma de una vez! ¡Calma! ¡Calma!

Nelly se volvió a derrumbar en el asiento. Con un leve murmullo dijo, solamente:

—Tiene que hacer algo...

—Claro que haré algo. Iremos allí.

—¡No, allí no! ¡No! ¡Nooo!

—Voy armado —dijo Clarence—. Mi revólver “Python” de seis balas blindadas es un buen argumento contra los fantasmas.

—Pero aquello es un laberinto... Le atacarán por la espalda... ¡Lo que tiene que hacer es pedir auxilio por radio!

—Desgraciadamente la onda de mi coche sólo llega a la oficina, y allí no hay nadie ahora. En cambio, desde el despacho puedo llamar en seguida a cualquier sitio y en seguida llega gente. Puedo hacer venir una brigada.

—Pues hágalo... ¡No pierda ni un segundo! ¡Hágalo!

—Por supuesto —dijo él—. Para ganar tiempo, iré por el atajo. Llegaremos en menos de cinco minutos.

—Dios sabe lo que puede pasar en cinco minutos...

—No veo otro sistema más rápido.

—Tiene razón, deputy. Hágalo.

Clarence giró el volante, se introdujo por un sendero y el coche empezó a dar brincos a causa de lo irregular del camino, mientras las ramas bajas

chocaban contra el parabrisas. La oscuridad más completa les rodeó, y de no ser por la luz de los faros se hubieran creído en el interior de un túnel.

Nelly gimió:

—¡Aprisa! ¡Más aprisa! ¡Más aprisaaaa!

Pero se daba cuenta de que el coche no podía más: El motor rugía. La suspensión estaba a punto de destrozarse en los baches.

Y de pronto se detuvieron.

Los faros lo iluminaron todo.

El espacio vacío.

La fachada blanca.

El nombre del hotel Baltimore.

Las cortinas rojas en aquellas ventanas que no se abrían nunca.

La lucecita tras los cristales esmerilados de la puerta.

¡Nelly había vuelto otra vez al sitio de donde salió!

Un grito lacerante, brutal, desgarrador, partió de su garganta.

CAPITULO XII

Marta había oído cerrarse la puerta a su espalda y se volvió. Sus ojos quietos y opacos contemplaron aquello.

Eran unos ojos extrañamente inconmovibles. En ellos no palpitaba el miedo, sino la decisión. Aunque cualquier muchacha se hubiese puesto a lanzar alaridos después de aquello, de la garganta de Marta no escapó ni una sola queja.

Hizo girar de nuevo la silla.

Fue hacía aquella puerta y palpó la cerradura. Se dio cuenta de que habían hecho girar una llave por el otro lado, pero a pesar de esa certeza no dejó que la angustia !a dominara. Por el contrario, ahora la había invadido una gran serenidad, sabiendo que estaba al borde de la fosa y que sólo podía confiar en ella misma.

Sus dedos rozaron el pequeño estuche de herramientas que estaban bajo el asiento. Si una rueda se aflojaba, o pasaba algún pequeño percance, podía arreglarlo ella misma. Extrajo un punzón y se puso a maniobrar en la cerradura.

Lo hizo con calma, como si detrás suyo no estuviera aquel inconcebible horror de las pieles hinchadas. Con una habilidad que hubiera envidiado un profesional, maniobró en la cerradura y se oyó un chasquido. La puerta quedó abierta.

Pero Marta supo que sería visible en cuanto saliese de allí, de modo que apagó la luz. Hecho esto se encontró entre las más espesas tinieblas y entonces abrió la puerta del todo, mientras rezaba para que no hiciese ruido. Por fortuna para ella, apenas se produjo un leve crujido.

Y se encontró ante las tinieblas.

Ante el vacío.

Empujó las ruedas mientras éstas producían apenas un suave siseo. Intentó orientarse en la oscuridad por lo que recordaba antes de aquel sitio.

Giró hacia la izquierda.

Quizá la salida estaba por allí. Sí... Estaba a la izquierda. Fue a imprimir a las ruedas un mayor movimiento, aun exponiéndose al ruido.

Y de pronto cesó. Sus dedos se agarrotaron sobre los neumáticos. Todo su cuerpo se tensó como una espina.

Acababa de oír una respiración junto a ella.

Una respiración ansiosa...

Casi podía captar el aliento fétido que partía de aquella boca.

Alguien que conocía muy bien aquello, y por lo tanto no necesitaba luz, iba hacia la habitación donde antes estuvo ella. Sin duda iba a entrar. Y al encender la luz y darse cuenta de que Marta había huido... ¡empezaría por todos los rincones de aquel cementerio una persecución implacable!

Por eso intentó darse prisa. Por eso movió de nuevo las ruedas, pero con un

cuidado exquisito, con una habilidad casi diabólica, procurando alejarse de allí sin el menor ruido, para que cuando el monstruo advirtiera su desaparición ella pudiese estar ya lejos.

Fue contando las yardas que la conducían a la vida. Ocho... Diez .. ¡Once! Debía estar lejos del monstruo, porque ya no oía la respiración ansiosa.

Y de pronto tropezó con aquello. Como no veía nada, el choque fue inevitable. La banqueta que estaba en su camino salió despedida y se estrelló estruendosamente contra una pared.

Inmediatamente se oyó un grito, o más bien un rugido gutural. Unos pies enormes giraron velozmente en las tablas podridas de la casa.

Marta sintió un espasmo en la garganta.

Y lo notó...

...¡Venían a por ella!

Mientras todos sus músculos se contraían, reunió toda la fuerza que pudo en aquellos brazos donde quizá estaba su salvación. Imprimió a las ruedas una velocidad de vértigo.

Todas sus ansias, todos sus músculos, todas sus fuerzas, estaban concentradas en un solo deseo: ¡escapar de aquella trampa! ¡Huir! ¡Huir!

Pero no veía nada. De pronto notó que chocaba contra una pared. Su cuerpo que iba tendido hacia adelante como un arco, recibió un impacto brutal en la frente.

Pero Marta no vaciló. Hizo girar las ruedas. Su instinto le dijo que girase hacia la izquierda y así lo hizo. Se encontró ante una serie de sillas.

Ahora podía ver un poco más. Las sillas parecían una gimkhana de obstáculos, pero ella pasó con éxito aquel examen del que dependía su piel. Con una habilidad increíble las fue sorteando todas, pero derribándolas una vez había pasado. De ese modo se formó en el suelo un confuso montón de muebles con los que su perseguidor tenía que encontrarse inevitablemente.

Y así fue. Medio minuto después se oyó una salvaje maldición, acompañada del ruido de un corpachón al rodar por tierra.

Marta siguió apretando las ruedas.

Los dedos le dolían a causa del terrible esfuerzo.

Rompió una puerta de cristales.

Pasó por entre ella como un coche sin frenos. En su frente se dibujaron unas líneas de sangre a causa de las aristas. Sus ojos se dieron cuenta, entonces, de que volvía a estar en lugar conocido, porque veía las luces del garaje al final de un pasillo. Aquellas luces significaban el terreno abierto, significaban, en parte, la libertad.

Sus ojos empezaban a estar desencajados ahora.

El sudor le corría por las mejillas.

Llegó junto al garaje.

Y entonces la zarpa cayó hacia ella. Entonces el enorme cuchillo de desollar se abatió sobre su cuello.

* * *

¡El monstruo la había esperado allí!

¡Estaba en sus manos!

Los ojos de Marta giraron un segundo en el aíre y de su garganta escapó una especie de rugido salvaje. Estaba perdida, pero, curiosamente, aquella silla de ruedas que hubiese significado la perdición de cualquiera fue para ella la salvación. Primero porque le impidió caer hacia atrás a causa de la sorpresa, como le hubiera sucedido a otra mujer. Segundo, porque le bastó una leve presión sobre las ruedas para desplazarse a buena distancia, a mucha mayor distancia de lo que le hubieran permitido sus pies.

El cuchillo que ya iba hacia su nuca, para trazar el corte fatídico, quedó suspendido en el aire.

De la garganta del monstruo escapó un sonido inarticulado.

Y entonces Marta y él se miraron, entonces la bella y el diablo se contemplaron fijamente a menos de cinco pasos de distancia.

Marta se dio cuenta en seguida de la siniestra realidad: había visto caras como aquélla en los manicomios, pero en locos que ocupaban celdas de la máxima seguridad porque ya habían entrado en su última fase.

Había visto cuerpos como aquél en los circos: enormes, forzudos, deformados, casi simiescos. Cuerpos de hombres que servían para hacer reír a los ingenuos o que a veces fingían luchar con un gorila. Detrás de aquellos músculos había una fuerza incontenible, y ella lo sabía. Era una fuerza desencadenada y fatídica.

Pero lo que más le impresionó fueron aquellos ojos. Eran unos ojos pequeños, bonitos, astutos. Aquel monstruo estaba rematadamente loco, pero sabía distinguir entre el bien y el mal. Y se daba cuenta de que él hacía el mal. El mal le gustaba. Era una bestia ciega que disfrutaba matando.

Y que pensaba.

Ahora estaba pensando en cómo acorralarla, en cómo cortarle todas las salidas. De pronto lanzó un grito gutural y avanzó con el cuchillo.

Marta le vio venir.

Notó el movimiento de zigzag.

Izquierda, derecha... ¡izquierda!

Mientras la hoja de acero iba hacia aquel lado, ella fue hacia el otro. Su movimiento resultó un prodigio de rapidez. Como si la silla tuviese un motor, brincó hacia el otro lado de la pieza.

Y el monstruo chocó contra la pared.

De su boca escapó un rugido.

Marta vio de repente la puerta.

¡La puerta!

¡LA PUERTA!

Sólo aquello existía en el mundo.

¡La puerta!

Casi la desencajó con el choque de su cuerpo. Toda la silla vibró. Las ruedas estuvieron a punto de partirse.

Y ella se encontró de nuevo en el garaje. No se había dado cuenta, pero en lugar de salir directamente a él se había perdido en la oscuridad, dando una vuelta por el recinto que estaba pegado a su espalda. Ahora vio el coche y vio un poco más allá la luz incierta del campo.

Otra vez presionó las ruedas, locamente. Estaba tan aturdida que por un momento había creído encontrarse en el falso hotel, puesto que todo aquello se parecía. Sus dedos ya sangraban de tanto forzarlos mientras la silla avanzaba con la velocidad de una auténtica bicicleta.

Salió al terreno libre, pero allí disminuyó la velocidad porque las ruedas se encallaban.

El terreno era irregular, le impedía el avance.

Marta resollaba ahora como un animal herido.

Y de pronto aquel resuello se transformó en un gemido de horror. Porque una de las ruedas se había hundido profundamente en un desnivel. La silla vaciló, estuvo a punto de volcar. ¡Y de pronto se vino hacia abajo!

Marta se dio cuenta de que estaba descendiendo por una especie de barranco.

La silla daba terribles saltos mientras las ruedas rebrincaban en el aire, amenazando con romperse. Era un milagro que no hubieran salido despedidas ya, enviando a Marta al vacío. La suspensión chirriaba lastimeramente. Les ojos desencajados de Marta miraban desorbitados aquella especie de abismo al que iba cayendo y que parecía no tener fin. Sabía que, de un momento a otro, iba a volcar; sabía que más allá de las sombras que lo tapaban todo le esperaba la muerte.

De pronto la silla dio otro terrible salto, voló materialmente sobre una vaguada y al fin fue a estrellarse contra una zona de hierba que iba ascendiendo en suave pendiente. La hierba amortiguó el golpe y el des-nivel en sentido contrario frenó la silla, pues las ruedas se encontraron, de pronto, ante una subida. La muchacha aplicó los frenes como pudo mientras el vehículo daba dos vueltas sobre sí mismo, amenazaba otra vez con volcar y al fin se estabilizaba chirriando.

De la garganta de Marta escapó un gemido.

Estaba al borde de su resistencia nerviosa, pero, sin embargo, no había perdido la serenidad. Se daba cuenta de que el desnivel por el que cayó no era demasiado profundo, pero antes le había parecido inmenso a causa de la oscuridad, puesto que no veía su fin. Se dio cuenta, también, de que el monstruo podía seguirla, aunque no debía saber exactamente por dónde había caído. Esto daba a la muchacha una última oportunidad.

Empezó a rodar poco a poco.

Claro que los muelles castigados chirriaban y eso podía ser fatal, pero consiguió hacer un mínimo de ruido. Se fue deslizando por el fondo de la vaguada mientras buscaba una salida que quizá era imposible.

Notó de pronto que el terreno subía.

Más allá tenía que estar la carretera, porque de vez en cuando se oía el paso raudo de algún coche.

Marta hizo un tremendo esfuerzo y la silla empezó a subir. La subida era tan pronunciada que en algunos momentos tuvo la sensación de que iba a venirse abajo. Pero con todas sus energías logró trepar, y además sin causar el menor ruido.

Llegó a una superficie plana. Pudo ver que nadie la seguía. Al fondo brillaban las dos o tres luces del falso hotel, pero no se distinguía a nadie. Estaba salvada.

Volvió a dar impulso a las ruedas. Sus ojos miraban hacia adelante con fijeza porque quería llegar a la carretera. No se dio cuenta de lo que tenía a dos pasos.

Y de pronto todo vaciló: De pronto las ruedas se detuvieron en seco mientras ella lanzaba un gemido de horror.

A su espalda, apenas a diez pasos, apareció el monstruo con el cuchillo de desollar. Hasta la nuca de Marta, el viento trajo su aliento fétido.

CAPITULO XIII

Mientras tanto, Nelly se había dado cuenta de que estaban de nuevo en el falso hotel Baltimore. De su garganta acababa de partir aquel grito lacerante. Sus ojos desencajados se volvieron para mirar al hombre que la había traído allí.

Y entonces distinguió bien la mirada del deputy.

Aquella mirada vidriosa.

Una mirada detrás de la cual no había ningún sentimiento, una mirada de reptil, una mirada asesina.

Lo único que brillaba en aquellos ojos era una chispita demoníaca. Eran unos ojos que ahora se le mostraban en su verdadera dimensión, los ojos de un depravado y de un loco.

Quizá Nelly no acabó de entender nada en aquel momento, pero se dispuso a saltar. Tenía que huir de allí come fuera. Sus manos arañaron otra vez el aire, mientras intentaba abrir la portezuela.

Fue inútil.

Un seco golpe en la nuca la dejó inconsciente sobre el asiento. De entre sus labios escapó un hilillo de sangre. Los ojos de la muchacha se volvieron blancos.

Clarence la miró, entonces, con una risita sardónica y luego encendió los faros dos veces. Después de esa señal, los mantuvo encendidos todavía unos segundos, hasta que entre los puntos de luz apareció una figura no parecía humana.

Era enorme.

Llevaba unas ropas desmadejadas y anchas.

Tenía las facciones brutales y la mirada perdida.

En su mano derecha había un enorme cuchillo de desollar del que todavía goteaba la sangre.

Era el monstruo que hasta unos segundos antes había perseguido a Marta.

Ahora avanzaba hacia allí.

Con las luces de los faros reflejándose en sus ojos, éstos parecían los de un gato salvaje.

Clarence bajó del coche patrulla y murmuró:

—¡Eh, Glompos!

El monstruo se acercó aún más:

De su garganta escapaba una especie de ronquido gutural, como si le costara pronunciar las palabras.

Clarence apagó entonces los faros porque todo aquello hubiera podido ser visto desde la carretera. Preguntó:

—¿Dónde están los otros?

—Han muerto.

La voz de Glompos era apenas inteligible. Más que una voz humana

parecía un sonido chirriante.

—¿La de la silla de ruedas también? Esa era la más fácil...

—No, la de la silla, no.

Clarence le miró con sorpresa, sin entender.

—¿Qué pasa? —Barbotó—, ¿Se te ha escapado?

—No. Está acorralada.

—¿Dónde?

—La silla... El borde de la piscina. La silla...

Clarence lo entendió perfectamente. Estaba claro que una paralítica no iba a poder salir de allí, si dos ruedas habían quedado dentro de la piscina y dos fuera. Claro que podía lanzarse al agua y nadar, abandonando el vehículo, pero sin la ayuda de las piernas jamás se remontaría a la superficie. Por lo tanto la tenían bien asegurada.

Clarence ordenó:

—Ayúdame.

Había señalado con el mentón a la inanimada Nelly, y entre los dos la transportaron a la casa. Una vez allí la dejaron en el suelo, a cierta distancia de la puerta.

—¿Y Simonson? —Preguntó Clarence—. Supongo que es él quien ha cambiado las señales a su debido tiempo, cuando le telefoneé.

Glompos emitió un gruñido.

Y una voz opaca dijo entonces desde la puerta:

—Sí, he sido yo.

Los dos volvieron la cabeza. Un hombre alto y grueso avanzaba a pasos menudos, como si le dolieran los pies. Tenía el pelo ya blanco y una expresión bovina y deshumanizada, como si por su cerebro no hubiera pasado jamás una idea y por su corazón no hubiera pasado un sentimiento. Vestía unos pantalones que le caían mal y un jersey de lana gruesa que ponía de manifiesto lo fofo y lacio de sus músculos.

Pese a su expresión de estupidez total, aquel hombre llevaba en Lunaville un negocio floreciente, puesto que preveía de embutidos a toda la ciudad. Para prepararlos contaba con Billy, el subnormal quien, sin embargo, sabía realizar bien unos trabajos que eran siempre los mismos. La gestión comercial resultaba sencilla, puesto que tenía toda la producción vendida, de tal modo, que para llevar adelante aquel establecimiento no hacía falta ser ningún genio.

Simonson emitió un leve gruñido al ver a la muchacha.

—Es bonita —dijo.

Clarence contestó:

—Sí.

Los dos emitieron una risita.

Se entendían perfectamente.

—La paralítica es la mejor de todas —dijo Simonson.

—¿Cuándo la has visto?

En la ciudad, en el coche.

—Sí, es deliciosa —musitó Clarence.

—¿Dónde está ahora?

—No te preocupes, no tiene escapatoria.

Los dos hombres se apartaron un poco mientras Glompos se quedaba muy cerca de Nelly, vigilándola, clavando en ella unos ojos obsesionantes. Fueron hacia la puerta del fondo, que seguía crujiendo.

Ññññeeeeec... Ñññññeccccc...

Clarence se puso un cigarrillo entre los labios, mientras decía en voz baja pensativamente, con la mirada perdida:

—A veces me pregunto cómo empezó todo. Hay instantes en que me parece mentira que las cosas hayan podido desarrollarse así,

—Pues no tiene que extrañarte, porque ha sido muy lógico —musitó Simonson—. Perfectamente lógico.

—¿Cuál fue la primera chica? ¿Por dónde empezamos, Simonson? ¿Recuerdas su nombre?

—Sí. Se llamaba Patrice.

—¡Ah, sí, Patrice...! La hippy que se perdió. La quinceañera que era una maravilla.

—Tú lo hiciste —dijo Simonson con la misma voz opaca, sin que el recuerdo despertara en él la menor emoción—. Yo te descubrí. Fue entonces cuando, en esta misma casa abandonada, llegamos a nuestro primer acuerdo.

—Un acuerdo sencillo: que tú participaras en la fiesta, también, y luego cubriéramos perfectamente nuestras espaldas matándola. Es seguro que ella nos hubiese denunciado aunque sólo fuera para obtener una buena indemnización, siendo tú un rico industrial y yo agente de la ley. Pero quitándola de en medio no había ningún peligro. En especial porque tú podías hacer desaparecer el cadáver...

Los dos rieron suavemente. Simonson dijo, con una sonrisa cómplice:

—Si.,, Una fábrica de embutidos en la que sólo trabaja un subnormal, es un verdadero hallazgo. Un lugar ideal para hacer desaparecer un cuerpo. En cuanto al esqueleto, yo mismo me podía encargar de convertirlo en polvo. Las enormes ruedas de esmeril de las máquinas que poseo me permiten hacer eso en pocos minutos. El resumen fue que aquella muchacha desapareció sin dejar rastro... Como tantos miles de chicos en este país.

Clarence dio una chupada al cigarrillo que se había puesto en los labios. Con una risita maliciosa, comentó:

—Nos dimos cuenta, entonces, de que teníamos en nuestras manos un inmenso poder. Las mujeres más bonitas que pasaran por esta tierra podían ser nuestras. Y podían serlo de la forma más fácil, puesto que yo, como agente de la ley, estaba capacitado para detener provisionalmente a quien quisiese. Hubo semanas en que pudimos liquidar hasta dos jovencitas detenidas en las carreteras. Fue una magnífica época... —añadió Clarence, con los ojos brillantes—, hasta que con Glompos se complicaron un poco las cosas. De todas formas, lo necesitábamos. Ese monstruo nos era útil.

—Yo nunca he creído eso —dijo Simonson, agitando las manos—. Realmente no llegamos a necesitarlo.

—¿Que no? Pienso que no te das cuenta, Simonson —musitó el deputy—. En primer lugar, él nos descubrió durante uno de nuestros festines, y por lo tanto podía denunciarnos. No había más remedio que matarlo o hacer un trato con él. ¡Y matar a un tipo así era tan difícil! Además, yo me di cuenta inmediatamente de las posibilidades que ofrecía un loco de esa clase. En primer lugar, nos desembarazaba fácilmente de los acompañantes que a veces llevaban las chicas, y que en otro caso hubieran sido una molestia considerable. En segundo lugar, porque su fuerza enorme nos podía defender en caso de peligro inesperado, y además, de momento, nos era muy útil para arrastrar en silencio los coches de los muertos y hundirlos en la ciénaga. Glompos vive aquí sin pedir nada, con tal de que le dejemos comportarse como lo que es: como un loco.

—Pero a veces, además de eliminar hombres, ha eliminado mujeres bonitas —protestó Simonson—. Por ejemplo, la periodista.

—Con la periodista quizá no tuvo otro remedio —explicó Clarence—, Había venido aquí a fisgar. Si tardábamos demasiado en liquidarla, podía enviar cualquier mensaje. Esa gente es peligrosa, peligrosa de verdad... Creo que hizo bien en quitarla de en medio, aunque nos perdiéramos el festín con ella.

Simonson meneó la cabeza. Era evidente que, a veces, Glompos le daba miedo. Con voz que sólo podía oír Clarence, susurró:

—Pero disfruta matando... Y esa manía que tiene de desollar a las víctimas y guardar las pieles infladas. . ¿No te das cuenta de que alguien podría descubrirlas? ¿De que eso significaría el fin?

—No, no significaría el fin —dijo Clarence, con voz tranquila—. Hemos discutido eso otras veces. En primer lugar, ¿quién va a meterse aquí, en los dominios de Glompos, ver algo de lo que él guarda y después salir con vida?

—De acuerdo, pero imaginémoslo...

—Si las cosas rodaran mal —dijo Clarence, exhalando otra columnita de humo—, Glompos sería nuestro seguro de vida. Esa es la principal utilidad que le encuentro.

—¿Seguro de vida? ¿Por qué?

—El ya cometió varios crímenes en Nueva Orleáns desollando a sus víctimas. Es un loco sanguinario, y eso la ley lo sabe. Condenado a muerte, con ese cuento de la suspensión de las ejecuciones le dieron una oportunidad para escapar y llegó hasta aquí. Si le hubieran liquidado sin tantos cuentos de psiquiatras y análisis, ahora no estaría haciendo lo que hace, aunque no lo lamento porque nos favorece. Y en el caso de que alguien llegue a descubrir esas monstruosas pieles infladas, no habrá la menor duda de que el que lo hizo fue Glompos. Creerán que todos los crímenes los ha cometido realmente Glompos. Yo le diré que no cuente nada a cambio de ayudarle desde fuera, y él me hará caso porque sin nosotros está perdido. Y, en el caso de que llegue a

decir algo, nadie le creerá. Pero voy a jurarte una cosa, Simonson: si yo viera que alguien empieza a creerle, haría que Glompos se suicidase en la celda. No olvides que estará a mi disposición hasta que lo conduzcan ante el gran jurado. Matarle en la celda, donde estaría indefenso, resultaría asquerosamente fácil, y simular un suicidio más fácil aún. No temas: repito que ese tipo es nuestro seguro de vida...

Y los dos rieron significativamente, mientras dirigían miradas turbias a Nelly. Se daban cuenta de que iban a pegarse, otra vez, la gran noche. Sin ningún esfuerzo la arrastraron hasta una habitación interior.

Ella abrió los ojos al cabo de largos minutos.

Estaba completamente aturdida.

Notaba algo suave encima de ella, pero no sabía lo que era. Se trataba de algo que apenas tenía peso. Lo tocó de una forma maquinal y notó que tenía un tacto suave. Entonces abrió los ojos del todo.

Y lo vio.

Estaba sobre ella.

¡Era Tommy!

¡Pero solamente su piel! ¡Su pelo y su piel!

El grito lacerante de Nelly llenó la noche. El miedo le llegó hasta las entrañas, hasta la masa de la sangre. Aquella situación que no hubiese imaginado ni en la más angustiosa película de horror le estaba sucediendo a ella. ¡A ella! ¡A ella...!

Glompos se inclinó.

Rió quedamente.

Movió la derecha.

El cuchillo de desollar se acercó a la nuca de la muchacha.

CAPITULO XIV

Pero no llegó a hundirse en ella. No tocó su piel. La voz metálica del deputy dijo entonces, con indiferencia:

—Vuelve ese muñeco a donde estaba antes, Glompos. Has hecho bien en traerlo aquí, pero ahora ella ya lo ha visto. Ya sabe lo que le puede ocurrir.

Glompos arrastró el diabólico muñeco, poco a poco. Los ojos de Nelly estaban llenos de venillas rojas. Se salían de las órbitas. Parecía como si fueran a estallar.

Se arrastró por el suelo, a los pies de los asesinos. Estos reían lentamente, diabólicamente. Nelly se llevó las manos a la boca y estuvo a punto de vomitar. Luego dijo con un espasmo:

—Haré lo que quieran... Todo lo que me pidan, pero no me maten así. ¡No me maten así! ¡Dios mío, no me maten así.,.!

Sus uñas se rompían contra las tablas del suelo, su cuerpo se convulsionaba. Estaba bien claro que se sometería a la voluntad de aquellos hijos de la gran perra. Por eso Clarence dijo con voz tranquila:

—Eso tiene un precio, nena.

Nelly lo entendió perfectamente.

—No... no lo he hecho nunca —gimió—. No soy lo que ustedes han creído. Esos dos muchachos me... me respetaban.

La muchacha se asió frenéticamente a los pies de la cama, haciendo un último y desesperado gesto de resistencia. Glompos fue a golpearla otra vez. Pero Simonson, que estaba muy sereno, dijo con voz opaca:

—No, no lo hagamos aún. Creo que nos estamos equivocando.

—¿Que nos equivocamos en qué? —barbotó Clarence.

—No sé cómo puedes pensar en esa chica mientras no hayamos capturado a la otra. Tú dirás que la tenemos segura, pero yo preferiría saber que está encerrada en algún sitio. Además, hay otra razón.

—¿Qué razón?

—La paralítica me gusta más. ¡Vaya si me gusta más...! Pero eso me parece una tontería dedicarnos a esta y dejar a aquella maravilla para mañana, cuando en realidad debería ser al revés.

—En eso tienes razón —murmuró el deputy, pensativamente—. ¡Glompos! Ata a ésta a la cama y acompáñanos. Hay que capturar a la otra.

El monstruo realizó su cometido a la perfección, con unos nudos de marinero que no hubiesen podido romper ni los dientes de una hiena. Dejaron a Nelly gimiendo espasmódicamente sobre la cama, sin ninguna posibilidad de escapar.

Los tres hombres salieron.

Simonson gruñó:

—¿No se extrañará alguien en la ciudad, al no verte en tu oficina?

—No. ¿Por qué? Además la gente de la ciudad nunca nos delatará. Puede

que barrunten algo acerca de las desapariciones que de vez en cuando, comentan los periódicos de la capital, pero nunca meterán la nariz en una cosa que no les interesa. En el fondo se sienten protegidos conmigo, ¿entiendes? Las pequeñas estafas que nuestros comerciantes hacen a sus colegas de otras ciudades, yo las encubro, falsificando documentos si es necesario. Cuando alguno de ellos ha abusado de una chica forastera, yo he dicho que esa chica no había sido vista jamás por aquí. Hay una auténtica compenetración entre la ciudad y nosotros, Simonson. No tengas miedo por eso.

Y volvió a reír levemente.

En sus ojos había un brillo diabólico.

—A por ella —murmuró.

Los tres asesinos tenían ahora que hacer lo más sencillo del mundo:

Atrapar a una paralítica.

* * *

En el cielo estaban las estrellas.

Mil ojos siderales y mudos contemplaban desde el límite del universo aquella noche de horror.

Y también estaba la luna.

Aquella luna que parecía dar su nombre a la ciudad.

La cochina luna de sangre.

Los tres hombres avanzaron hacia la piscina. Glompos arrastraba los pies. Su cuchillo de desollar brillaba quedamente a la luz de la noche.

Simonson murmuró:

—¿Tú crees que Bill ha sospechado alguna vez?

—No, él nunca. Bill es idiota.

—Oye, está llena la piscina, ¿no?

—Sí, pero el agua ya debe estar sucia.

—Peor para ella.

—¿Tú crees que se habrá lanzado?

—Pronto lo veremos.

Llegaron junto a la piscina y se dieron cuenta de que, en efecto, Marta ya no se encontraba en la silla. La silla había quedado con las ruedas pequeñas casi dentro del agua y las grandes fuera, de modo que resultaba imposible maniobrar con ella sin hundirse. Incluso parecía milagroso que aquel artefacto conservara aún el equilibrio y que no hubiese caído aún al agua.

Pero la que tenía que estar en el agua era la paralítica.

De eso no cabía duda. Habría intentado ocultarse desesperadamente allí, puesto que podía nadar, pero jamás saldría del agua con sólo la fuerza de sus brazos. Estaba completamente perdida.

Simonson, gruñó:

—Bueno, no la veo.

—Es que la piscina está oscura. Tiene que haberse metido bajo el agua al

oírnos venir.

—Pues acabará saliendo...

—¿Y si prefiriese ahogarse? Ella sabe lo que le espera. Puede preferir esa muerte a la otra.

Los dos hombres se miraron fijamente, mientras el monstruo de Glompos quedaba un poco más atrás. Fue una posibilidad que les hizo estremecer. Simonson barbotó:

—Esa chica me gusta mucho. Oye, pero que mucho. Y muerta no me sirve de nada.

—Podemos echarnos al agua y sacarla a la fuerza.

Iniciaron un movimiento, pero en aquel momento un grito desgarrador llenó la noche. Fue un grito terrible, alucinante, que pudo llegar perfectamente hasta la cercana carretera.

—¡Maldita sea! —Barbotó el sheriff—. ¡Teníamos que haberla amordazado! ¡A ver si alguien oye esos alaridos de puerca degollada y se nos estropea todo en el último inmuto!

—Habrá que hacer lo que tú dices —murmuró Simonson—. Date prisa.

—¿Vas a sacar a la chica tú solo?

—¿Crees que me cuesta esfuerzo sacar a una paralítica?

—De acuerdo. Glompos y yo volvemos en seguida —dijo el deputy—. Ven, Glompos.

Les dos se perdieron entre las sombras. Simonson respiró hondamente, sonrió con suficiencia y se lanzó al agua. Nadó con tranquilidad mientras desde aquel nivel veía con perfección la piscina. Pero no distinguió ni rastro de Marta.

—Esa zorra... —dijo en voz baja—. A ver si es verdad que se ha ahogado voluntariamente. . A ver si es verdad...

Y braceó un par de veces más.

Entonces su cara chocó con algo. Mejor dicho, lo rozó solamente.

Era algo muy suave.

Viscoso.

Movedizo.

Tan movedizo y tan viscoso, que Simonson tuvo un estremecimiento, aunque no sabía lo que era. Y, de pronto, lo vio.

Sus facciones se desencajaron.

Fue a lanzar un grito de horror.

¡La serpiente acababa de brotar del agua!

¡Tenía la cabeza fantásticamente erguida!

¡Iba a por él!

Simonson estaba tan aterrado que no se dio cuenta de que la serpiente era inofensiva, pues tenía la cabeza redonda en lugar de triangular. Era una simple culebra, aunque eso sí, muy larga y maciza. Se necesitaban casi dos manos para abarcar su cuerpo.

La boca de Simonson se abrió dramáticamente.

Sus brazos hicieron un molinete en el aire.

Y de pronto sucedió algo alucinante, algo increíble, algo que le hizo traspasar las últimas fronteras del horror.

Marta apareció de pronto ante él, surgiendo del fondo de la piscina.

Había algo diabólico en sus ojos.

Algo sanguinario.

¡Increíble!

Era ella la que sujetaba la serpiente...

Simonson hubiera lanzado un alarido de horror y de asco, pero no pudo porque al propio tiempo que Marta se hundía bajo el agua soltando el bicho, el dolor le penetró hasta los mismísimos tuétanos.

Fue algo tan espantoso que no hubiera podido imaginar jamás que existiera un dolor semejante.

Un cuchillo de carnicero se le había metido a la altura de la cintura. Simonson fue a lanzar un alarido espantoso, infrahumano, pero ni fuerzas tuvo para hacerlo.

Se llevó las manos al vientre.

La sangre salía a borbotones, por allí. Parecía como si sus entrañas se vaciasen.

Notó que se hundía.

Y entonces Marta apareció tras él.

Le sujetó por el pelo.

Ahora sí que el alarido lo llenó todo.

Fue espantoso.

Hasta las hojas de los árboles cercanos vibraron como si hubiesen podido oírlo.

Marta lo soltó, entonces.

Simonson osciló de un lado para otro.

Se estaba bañando en su propia sangre.

Cuando sus dos compinches llegaron, segundos más tarde, aún se sostenía en el agua y aún lo miraba todo con ojos desencajados. De una forma instintiva, mientras berreaba como un puerco herido, llegó hasta el borde de la piscina.

Y lo mismo el deputy que Glompos lo miraron con asombro y horror a la vez,

¿Qué era aquel rostro?

¿Qué era aquella máscara sangrienta? ¿Aquella especie de ser aterrador que brotaba de las aguas negras?

Glompos, que era el menos sensible al horror, tiró de él para sacarlo, pero al instante sus manos se tiñeron de sangre. La atroz cuchillada que aquel tipo tenía en el abdomen era como para despenar a un carnicero. Todo el paquete intestinal y toda la sangre de su cuerpo estaban saliendo por ella.

Clarence tuvo un violento vómito. Se sujetó el cuello con las manos y pateó aquel cuerpo para echarlo al agua otra vez y dejar de verlo, pero no

pudo. En realidad, Simonson era ya un cadáver y parecía haber aumentado de peso. Los ojos desencajados del deputy miraron a todas partes.

Y con una voz que no parecía la suya, balbució:

—No está la silla...

CAPITULO XV

Otra vez las estrellas.

Otra vez la luna quieta que lo contemplaba todo.

Otra vez el silencio...

A Clarence le pareció que su propia voz era de otro cuando balbució:

—No puede ser... Es una paralítica...

—Pues tiene fuerza —dijo Glompos, con un sonido chirriante—. Ha podido salir sin más ayuda que la de sus brazos.

—¿Y dónde... está ahora?

—No lo sé. Hay que buscarla.

—Glompos..

—¿Qué?

—Tú conoces mejor la casa.

—Ggggg...

Glompos no era una persona, sino una bestia cuando se ponía nervioso, y ahora lo estaba. Echó a andar hacia la casa. El deputy le siguió, pero con el revólver amartillado en la mano derecha.

Una vez y otra se repitió:

—Es una paralítica.. En el agua pudo tener alguna ventaja, pero en tierra no... Es una paralítica...

Curiosamente, Glompos se tranquilizó antes que él, qui2á porque se encontraba en un terreno en el que era invencible. Cuando ponían los pies en la casa, gruñó:

—Yo iré al garaje. Usted aquí.

—¿Por qué no vamos juntos?

—Sí, vamos juntos, ella puede ir pasando de un lado a otro y estar así toda la noche.

—Tienes razón. Hay que cortarle el camino.

—Usted tiene un revólver, ¿no?

—Claro...

—Pues úselo.

Era curioso que Glompos, aquella bestia humana, tuviera que darle consejos. El deputy se dio cuenta de lo bajo que había caído. Vio las enormes espaldas de aquel tipo que se alejaba arrastrando los píes y entró en la casa llevando el revólver por delante.

Ahora no le importaba hacer ruido.

Hubiese disparada sólo con ver moverse una sombra.

Pero ni una sombra se movió. Todo estaba silencioso y hostil. El deputy, sólo captaba los mil rumores de las ratas que llenaban la casa.

El sudor empezó a resbalar por su cara.

No podía arrancar de su memoria la imagen espantosa del cadáver de Simonson. Vio, con ojos alucinados, que la puerta parecía ceder.

Ñññeccccc... Ñññññeeeeeecccec...

La empujó brutalmente.

Y, de pronto, algo vino hacia él.

Lo oyó por la espalda.

¡Algo que rodaba!

Intentó volverse y lo consiguió en parte, pero fue para lanzar un aullido tan infrahumano que se le rompió en la garganta. Porque la silla venía lanzada hacia él... ¡pero con el cadáver de Simonson encima!

Aquella silla le derribó materialmente. Clarence tuvo un estertor, mientras rodaba por el suelo y el cadáver de Simonson... ¡parecía abrazarse a él!

Le domino una náusea terrible; logró desembarazarse del muerto y miró alucinado en torno suyo, pero ya no pudo ver nada.

Sólo aquella silla vacía.

Y las habitaciones inhóspitas, al fondo.

Y el silencio que se palpaba.

Clarence recuperó su revólver y sintió que un gruñido gutural iba brotando de su garganta. Ahora ya no era un hombre que piensa, sino una bestia que se siente acorralada.

Empezó a gatear.

Se movía como una rata acorralada. De su boca escapaba una espuma blancuzca que le resbalaba por la mandíbula.

Vio el pasillo que parecía interminable.

Y, al fondo, aquellas luces indecisas que parecían ser movidas por el viento. Todo aquello le llenó de un frío horror.

De pronto Clarence se dio cuenta de que ya no era un perseguidor, sino un miserable perseguido.

Pero trató de reflexionar: ¿por qué había de huir él de una paralítica, por mucha fuerza que ésta tuviera en los brazos? Era evidente que Marta también tenía que arrastrarse por el suelo y que, en consecuencia, no podría atacarle. Diferentes habían sido las cosas en el agua de la piscina, donde ella tenía todas las ventajas.

Además, él contaba con un revólver.

Y no dudaría en emplearlo apenas viese la sombra de aquella maldita mujer moviéndose frente a él.

De pronto sus oídos se aguzaron.

Oía algo así como un siseo.

¡Alguien se acercaba a rastras!

¡Tenía que ser ella!

¡Y estaba al otro lado de la puerta!

El sudor resbalaba ya a chorros por la cara del deputy, mientras miraba obsesionado la puerta. Tenía que estar allí... ¡Allí! ¡ALLI!

Cada vez el susurro de un cuerpo que se arrastraba se hacía más perceptible.

Entonces Clarence abrió la puerta, de golpe, y disparó contra las sombras.

No veía nada, excepto unos ojos que brillaban al fondo. Vació todo su cargador, sin ver adónde apuntaba, pensando sólo en protegerse de su propio miedo.

Oyó un gruñido de dolor.

Pero no era un gruñido humano.

¡Era un gruñido de bestia!

Clarence no lo entendía.

Miró como alucinado ante sí.

Y entonces, aquellos ojos se acercaron raudamente.

Como balas de fósforo.

Un cuerpo enorme, todo músculo y dientes, se abalanzó hacia él. Aquel cuerpo negro desprendía sangre por un costado, pero era eso precisamente lo que duplicaba su rabia y acrecentaba sus fuerzas. Porque lo que venía hacia él no era un ser humano, sino... ¡el gigantesco perro Doberman!

Se oyó un espantoso rugido.

Clarence no se dio cuenta de que había brotado de su propia garganta.

El perro puso sus enormes patas sobre él y le mordió en mitad del vientre. Sus dientes desgarraban como auténticos cuchillos.

El alarido de Clarence llenó la casa.

Intentó levantarse con las fuerzas que aún le quedaban, pero el peso del Doberman era demasiado para él. Por otra parte aquel perro, al que su instinto le dictaba todas las técnicas del ataque, le derribó con su hocico.

Y entonces se le llevó parte de la tetilla derecha.

El dolor fue tan inhumano que el propio Clarence se rompió sus dientes al apretar las mandíbulas. Se dio cuenta de que aquél era el peor suplicio que hubiera podido imaginar. Se dio cuenta... ¡de que lo estaban descuartizando en vida!

Y entonces oyó algo más.

El siseo de las ruedas de la silla.

Como un alucinado, volvió la cabeza.

Y la vio sentada allí.

Quieta.

Hierática.

Tranquila.

Contemplando su suplicio.

En los labios de Marta flotaba una sonrisa sardónica, una sonrisita indefinible.

Clarence aulló:

—¡Por Dios, sácame de aquí! ¡Sácame de aquíiiiiiiií...!

Pero no hubo el menor movimiento en Marta. Ni un gesto de ayuda.

Por el contrario, aquella sonrisita sardónica seguía flotando en su boca.

El Doberman le dio dos golpes con sus patas. Y las mandíbulas enormes se cerraron sobre la garganta del deputy.

La sangre saltó.

Todo el gigantesco perro quedó teñido de rojo.

Pero el Doberman no suelta jamás su presa, y esta vez tampoco la soltó a pesar de que los dedos de Clarence intentaban atravesarle los ojos. Las dentelladas fueron tan profundas que la cabeza quedó materialmente separada del tronco. Sólo entonces el Doberman lo soltó, al convencerse de que debajo de sus colmillos ya no quedaba ni un hálito de vida.

Marta seguía mirándolo todo desde la silla.

Inflexible.

Quieta.

Luego hizo girar las ruedas y se alejó de allí. En la siniestra mansión sólo quedaba un hombre con vida.

Y ese hombre se llamaba Glompos.

CAPITULO XVI

Glompos había llegado a oír los últimos alaridos.

Asombrado, sintiendo que se le helaba la sangre en las venas, pudo darse cuenta a pesar de la distancia de que el que gritaba era el *deputy-sheriff*. Aquellos alaridos significaban una agonía espantosa.

Glompos giró sus enormes pies para salir de allí. No entendía nada de lo que estaba pasando, y su limitada inteligencia tampoco le ayudaba a comprenderlo. Había algo que no entraba en su mente, y era que una paralítica hubiese podido significar algún problema para un hombre joven, decidido a todo y, además, armado con un revólver.

Pero había una cosa evidente: después de todo, los gritos significaban que Marta estaba allí, en el edificio principal. Dejó, por lo tanto, de buscarla en el garaje y se dirigió hacia la falsa fachada del hotel Baltimore.

En sus manos brillaba la enorme hoja del cuchillo de desollar. Con aquel arma, Glompos se consideraba invencible, sabía que nadie se le podía enfrentar.

La hizo oscilar levemente ante sí.

Sus ojillos destilaban rabia.

Entró en la casa, y la luz incierta de las bombillas le mostró todo aquel horror. Sus facciones se desencajaron al ver el enorme charco de sangre en que yacía el cadáver de Clarence.

Aquello no había sido sólo una muerte, sino una agonía espantosa.

La cabeza de Glompos giró, poco a poco, como la de un muñeco mecánico.

Ahora, por primera vez desde que nació, palpitaba en sus ojos una llamita de horror.

Pero se rehízo en seguida. Las huellas ensangrentadas que estaban marcadas en las tablas indicaban que un enorme perro se había movido allí, alejándose luego hacia un lado de la casa. Glompos fue siguiendo aquellas huellas, pensando que debía matar, ante todo, al perro, para sentirse seguro.

Ningún animal le daba miedo.

Con aquel enorme cuchillo, lo degollaría de un solo tajo.

Y de pronto lo vio. Fue a la salida de la casa, junto a una de las ventanas traseras. El perro estaba a unas diez yardas y le miraba amenazadoramente, con los ojos encendidos, mientras su enorme cuerpo negro aparecía lleno de manchas rojas.

Glompos movió el cuchillo.

Por un momento vaciló, no sabiendo si era mejor dejar que el perro atacase o atacar directamente él.

Mientras estaba en esa duda, no oyó nada en torno suyo, no se dio cuenta de nada más. No pudo notar que unas manos, sosteniendo un lazo corredizo, pasaban suavemente a través de la ventana.

De pronto aquel lazo corredizo se ciñó a su cuello.

Un brusco tirón, dado con una insospechada fuerza, lo convirtió en un hombre ahorcado. Glompos cayó hacia atrás, apoyando a la fuerza la nuca en el alféizar de la ventana, mientras, desde el otro lado de ésta, Marta tiraba de la cuerda para aumentar la presión del nudo corredizo. Cualquier otro hombre en aquellas condiciones, hubiese acabado ahorcado en un instante, y además ahorcado con mala baba. La muerte hubiera sido mucho más cruel que la del patíbulo, donde la caída del reo le rompe las vértebras cervicales y le deja insensible casi inmediatamente. Pero con Glompos las cosas no sucedieron así.

Glompos era un verdadero titán. No sólo resistió el tirón, sino que llevó las manos a aquel lazo que le estrangulaba y consiguió aflojarlo.

Marta ya contaba con eso.

Y por supuesto que no se estuvo quieta.

Marta volvió a tirar de la cuerda hacia atrás. Ahora lo hacía con todas sus fuerzas, sin piedad, apoyando incluso los pies en la pared para hacer, palanca con su cuerpo.

Pero el suplicio de Glompos había terminado.

Su muerte estuvo a la altura de su vida.

Cuando Marta dejó al fin de apretar la cuerda, la cara de aquel hombre no era más que una máscara espantosa; no era más que una prolongación de la sucia pesadilla en que siempre había vivido.

El cuerpo cayó fláccidamente a tierra.

El Doberman saltó por la ventana abierta y se acercó mansamente a la muchacha. De pronto un silencio expectante, atroz, lleno de presagios, se había hecho en torno a la casa.

Marta respiró hondamente.

Sabía que Nelly, al menos, había salvado la piel.

Y se asentó sólidamente sobre sus piernas, unas piernas que no habían sido jamás las de una paralítica. De una forma pausada, lenta, se acercó a la silla de ruedas. La inclinó, volviéndola casi al revés, y vio el compartimento que había debajo del asiento, un compartimento en el que, cuando llegó allí, había ocultado un cuchillo, una cuerda con un nudo corredizo y una serpiente que no fuera venenosa. Aquello y el feliz encuentro con el Doberman habían bastado para destrozar por completo a los peores asesinos de Arkansas.

Pero aún faltaba algo.

Su trabajo no había terminado del todo.

Se dirigió a donde estaba Nelly —una Nelly aterrorizada y al borde del coma— y la dejó libre. Luego dijo una sola frase que lo explicaba todo:

—Yo era la mejor amiga de una de las víctimas, la mejor amiga de Silvia Carpenter. Y vine para vengarla.

Luego hizo que la muchacha la acompañara hasta aquella casa del horror. Con voz opaca murmuró:

—Tenernos que borrar las huellas de todo esto. Debes ayudarme.

—¿Ayudarte en... en qué?

—Hay que cortar las cabezas y sepultarlas profundamente. No es demasiado trabajo. Las ropas también deben desaparecer, así como los objetos personales. La caldera que hay en la casa acabará sin problemas con todo eso. Haremos desaparecer los cadáveres del mismo modo que lo hacía Simonson.

Y rió silenciosamente.

Una luna color plata y sangre se elevaba ahora sobre los bosques.

La población dormía.

Y la luz plateada se derramaba sobre el poste indicador de la ciudad maldita: LUNAVILLE...

FIN